

Cristián
Huneus

CUENTOS
DE
CAMARA



DEL NUEVO EXTREMO

Cristián Huneus

CUENTOS DE CÁMARA

Cuentos

"Los personajes de esta obra sufren un viaje, físico o espiritual, a veces trágico y a veces cómico, pero nunca *color de rosa* —porque la vida no es *color de rosa* y en ella el *happy end* no existe—; al fin espera, invariablemente, el fracaso, y, como reacción a él, una de dos actitudes: la desesperanza —la más razonable según los cálculos de probabilidades—, que es como una conspiración de la vida contra la vida misma, como una avanzada de la muerte; o la esperanza, inveterada fe del hombre en el triunfo sobre la adversidad, expresión del coraje, del heroísmo y de la grandeza humana, de la fuerza de la vida." Estas declaraciones del autor se hallan meticulosamente expresadas en los cuentos que componen este volumen, dramáticamente encarnadas en personajes del todo contemporáneos, provistos de ese universalismo que está caracterizando a la nueva narrativa chilena. Ninguno de estos personajes, sin embargo, ha sido "madurado a mano" en beneficio de las ideas del autor; todos tienen "pasión y muerte" independientes, y sus fisonomías son ubicables en el Santiago de hoy, formando así un mundo diferente, un nuevo mundo vivo.

EDITORIAL DEL NUEVO EXTREMO

Ahumada 6 - Casilla 10471

Santiago de Chile

40

Cristián Huneus

CUENTOS DE CAMARA

Cristián
Huneus

CUENTOS
DE
CAMARA



EDITORIAL DEL NUEVO EXTREMO LTDA
Santiago de Chile / Buenos Aires

©

CRISTIAN HUNEEUS

©

Inscripción N° 22.805

EDITORIAL DEL NUEVO EXTREMO LTDA

Ahumada 6

SANTIAGO DE CHILE 1960

INDICE

CANTO DE CISNE

pág. 11

PRIMERA VIGILIA

pág. 47

DIA DE NIEBLA

pág. 59

UN JOVEN Y SUS PROBLEMAS

pág. 77

MAR, AMORES Y UN GRAMATICO

pág. 89

“PIJECITO”

pág. 111

UNA FUNCION DE TEATRO

pág. 137

CLARINETE

pág. 149

A
PAZ

CANTO DE CISNE

DANIEL CERRÓ EL LIBRO y, alargando calmadamente un brazo, lo dejó —con sumo cuidado— sobre el tablero de dibujo. No despegó la vista del movimiento, quizá con el fin de eludir la mía y darse tiempo para cocinar su comentario. Por mi parte, lo esperaba con tanta ansiedad como si hubiera escrito yo el cuento que Daniel concluía de leer.

En seguida aspiró aire por las narices, dos veces, corta y rápidamente —gesto característico en mi amigo— y me miró, sonriendo irónico e indulgente. Me escudé en un cigarrillo. Lo encendí con premura y empecé a echar humo. Me sentía ridículo. La treta había fallado. Esa endiablada sonrisa de Daniel —irónica, indulgente— me lo estaba diciendo.

¿Qué treta?, me pregunto ahora. La verdad es que ignoro por qué empleo esa palabra. Lo que hice fue, cuando más, una experiencia: obli-

garlo a leer un cuento de uno de mis autores predilectos, desconocido para él. Obligarlo, sí, porque, de otro modo, no habría soportado la batalla de pasar a la segunda página. Así fue como le di el volumen, abierto en el cuento que me interesaba y, mientras él leía, me senté a esbozar, distraídamente, el plano de una casa en mi tablero.

Por la ventana entornada del taller se escuchaban voces desde el patio. La gente entraba y salía de los talleres.

—Sí —habló Daniel por fin, indicando el libro—. Sí, está bien. Pero, dime Gonzalo, ¿no te da pena este pobre hombre?

Yo veía venir un comentario despectivo, pero no imaginé precisamente ese.

—Su mundo creado es perfecto, como a ti te gusta —siguió—, ¡pero vivir el mundo real de ese modo...! Este tipo es un témpano, hombre, una cosa horrible, si aquí no hay *una* gota, no hay una de humanidad... esto es un juego de cerebros, o de cadáveres, esto no es arte, hombre, no ha sido nunca...

—Es.

—Artesanía, pero no arte, Gonzalo.

—Es arte, Daniel, tú ves que...

Daniel me interrumpió. Afortunadamente, porque no habría sabido cómo continuar mi ar-

gumentación: las ideas se me escapaban a otra parte y ya no tenía argumentos.

El día en que lo conocí, me causó una impresión entre divertida y profunda oírle postular algo semejante. Yo repetía el primer año y bajaba de la sala en que concluíamos de rendir una prueba de Historia del Arte; Daniel era de los recién llegados, e iba algunos peldaños adelante. Apuré el paso pensando un pretexto para hablarle, pues me llamaba la atención desde el día mismo en que se iniciaron las clases.

Con su singular aspecto físico y su desusada vestimenta, se le veía siempre solo, como desamparado y, curiosamente, como orgulloso de su desamparo. Era bajo y regordete, de cabello rubio y ondulado, peinado siempre a la perfección; usaba un corto bigotillo bailarín, vestía con severa elegancia y caminaba con una suerte de balanceo, quizá como un pato. Lo creí hijo de alemanes y, por su manera de vestir, admirador de Inglaterra (en los días de invierno venía a la Facultad con un abrigo azul, recto e impecable, zapatos negros y un esbelto paraguas al brazo; habría podido seguir después a un matrimonio en San Ignacio sin llamar la atención de nadie). Lo alcancé, pero, no sabiendo cómo hablarle, confundido, quise pasar de largo. Daniel pareció advertirlo y me hizo una venia sonriente. Viendo, así, que corres-

pondría mi interés por él, perdí la confusión y, ajustando mi paso al suyo, lo interpeleé acerca de su prueba.

—Me fue muy mal —dijo Daniel. Y me sorprendió que, riendo, diera a sus palabras el tono de quien cuenta una anécdota graciosa y sin mayores consecuencias—. Muy mal, hombre, ¡pésimo! ¿qué haces tú si te preguntan barbaridades como las que preguntaron? No contestas, pues, entregas la hoja en blanco y no te queda otra. . .

—¿Eso hiciste?

—Eso hice, no me quedó otra ¡. . . Principio organizador de un cuadro! ¡eso es una locura, para responderlo tienes que sentarte a pensar en frío y matas la obra de arte, la despedazas! El impacto de la obra de arte es total, hombre ¿no te parece? y cuando te comienzas a preocupar de principios organizadores la asesinas y te quedas, en una mano, con los pelos. . .

—¿Y en la otra con la cola?

—¡Eso es, hombre —exclamó, alborotándose de risa—, te quedas con los pelos de la cola!

—Pero te libras de un uno en la prueba. . .

Yo no había tomado en serio su elocuencia, quizá para protegerme —pues implicaba una posición radical ante el arte, actitud de la que yo era incapaz—, o, quizá, al contrario, porque, por lo mucho que me divertía su persona, no repa-

raba en sus palabras. Como fuera, mi última intervención apagó, bruscamente, su risa.

—Hmm —masculló.

En ese momento, y de improviso, lo tomé en serio; comprendí que si Daniel era sincero y vivía lo que hablaba, yo tenía que aprender de él. Parecía seguro de sí mismo y juzgar siguiendo una línea clarísima. Yo, en cambio, era inseguro y peligrosamente ambiguo: no rechazaba nada con violencia, no aceptaba nada plenamente; vivía rechazando a medias lo que a medias acepté y a medias aceptando lo que rechacé a medias el día anterior. A veces, ansioso de una forma, me calificaba de ecléctico. Esto sonaba muy interesante a las muchachas pero me dejaba a mi igualmente vacío.

—Te has quedado pensativo —observó Daniel, y volvió a tomar el libro del tablero—. Es bueno tu autor —repitió—, su estilo es grato, sutil, fino; pero es un espíritu demasiado civilizado y, por eso, casi muerto.

Yo paseaba por el taller mirando el humo de mi cigarrillo, y fingiendo que lo escuchaba, pensando, en realidad, en mí.

—Tú... —demandé luego de una vacilación—, ¿no te has identificado en nada con ninguno de los personajes?

Daniel sonrió. Su sonrisa había llegado con

el tiempo a ser temible para mí; cuando sonreía me causaba la sensación de que mi interior se trasparentaba como el miedo de un niño. Alzó una de sus manos, pequeñas y redondas, y se acarició las ventanillas de la nariz.

—Cómo se te ocurre. ¿Identificarme yo con esto?

—¿... en nada? —Más que interrogar, le estaba suplicando que me respondiera afirmativamente.

Tal actitud de servidumbre me era inevitable; y me producía una humillación rabiosa.

—En nada —declaró Daniel con firmeza, como quien pone llave a una cerradura.

—Somos demasiado distintos —repliqué para defenderme, queriendo darle a entender que teníamos distinta sensibilidad y nada más y que eso carecía de importancia.

Daniel sonrió de nuevo.

—Eres, como tu autor, demasiado civilizado —me dijo. No fue esa la primera vez que, saliendo del plano de lo comentado, volvía sus palabras en contra, aunque, debo admitirlo, a veces lo hizo en beneficio del comentador. Luego desabotonó la chaqueta de su traje gris cruzado y, buscando con los dedos en el chaleco, sacó su reloj del bolsillo.

—¿Significa eso, según tú, que estoy, también, casi muerto? —pregunté.

La sonrisa de Daniel chispeó, su cuerpo se estremecía en una carcajada en la que participaron incluso sus bigotes.

—Entiéndeme bien —habló—, entiéndeme una cosa: eres demasiado joven —yo contaba veintidós años; él, veintiséis—, no tienes por qué, no debes hacerlo, créemelo, no tienes para qué dejarte arrastrar por ese tipo de autores; no te llevarán a buena parte. Piensa que creen en la forma, y se acabó; busca un espíritu que crea en el hombre; un espíritu en el que viva la capacidad del mito; la forma es secundaria, insignificante.

“Mira —dijo en seguida—. Creo que es hora de irme a casa. —De pronto agregó—: ¿Cuándo nos juntamos a leer tu diario de vida?”

No contesté. “La forma es insignificante...” La frasecita se prendía y se apagaba ante mis ojos. Forma era lo que yo necesitaba. Forma en mi vida, en mi ser.

De manera excesivamente imprevista, una muchacha irrumpió en el cuarto. Parecía imposible que alguien pudiera, en ese momento, irrumpir en nuestro cuarto. Al ver a Daniel, la muchacha se detuvo en seco.

—¡Qué brisa tan encantadora! —clamó Daniel, incorporándose—. Vienes deliciosa, Luisa. —Pronunció las *eles* con deleite y riendo, lleno de pla-

cer. El reloj de oro bostezaba voluptuoso en la palma mofletuda de su mano.

—¿Me está tomando el pelo? —preguntó la muchacha, acercándose a mí.

Daniel, que piropeaba absolutamente en serio, enrojeció.

—No —repuse—, te encuentra de veras deliciosa —y, consciente de la frivolidad en que caía, pero ansioso de herirlo, proseguí—: Es un hombre primitivo y...

—¿Ah... —interrumpió la muchacha—. ¿Primitivo? —y lo miró de alto a bajo.

—Sí —respondí—, primitivo; por eso reacciona espontáneamente y salta con lo que lleva adentro; no puede contenerse, tú sabes: se conmueve mucho.

—¡Eres tan elegante...! —ella volvió a mirarlo de alto a bajo—. Ese reloj de oro... ¿lo usas para expresar tu naturaleza primitiva?

Daniel no se dio por aludido.

Me avergoncé de mí mismo: esto lo había provocado yo.

—Daniel —dije con precipitación—, juntemos mañana a leer mis Diarios.

Sin responder, salió. Y jamás aludiría, más tarde, a esta escena.

Aunque sólo vine a comprenderlo al final, ella fue el comienzo de todo.

No me atreví a llevarle mis Diarios al día siguiente: habría sido fingir que nada había pasado, y el sentimiento de culpa me impedía tal cosa.

Él, sin embargo, me los pidió.

—Es que... lo de ayer.

—¿Lo de ayer...? ¿Qué? ¿... Qué pasó ayer?

—Y se echó a reír en medio de mi desconcierto.

Lo invité a mi casa, siempre íbamos a mi casa; nunca, en cambio, a la suya, y le di a leer mis Diarios.

Realmente actuó como si nada hubiera pasado. Y su actitud me convenció, aunque sólo por un tiempo, de que no había pasado nada.

—Mira —declaró, luego de un momento de lectura—, esto —y golpeaba suavemente una hoja del cuaderno—, esto me recuerda, no te imaginas cómo, mi época de estudiante de Leyes. —Porque Daniel había estudiado Derecho; y también Filosofía.

Dio un carraspeo y leyó lo siguiente:

“Julio 14. Dentro de dos días se cumplirá un año desde que comencé a escribir en este cuaderno. Un año. Tiempo. Dolor. Y después, ¿qué? Otro año. Tiempo. Dolor. Otro año. Así hasta el fin de

mis años. ¡Qué cosa! Habría que salir de algún modo; habría que hallar, de cualquier modo, un sentido a todo el asunto. Un sentido al tiempo y al dolor.”

Yo dejé mi silla y caminé por el cuarto.

—Vivir de esa manera —hablé—, es poco agradable, ¿verdad? Es inaguantable, ¿verdad?

—Mira —repitió—, lo es, evidentemente que lo es. Pero, fíjate bien, hay una gran belleza, una extraordinaria belleza en esa experiencia.

—Quizá para quien la ve desde fuera; si algún día la escribo, quizá brote de ella. En lo escrito.

—¡Hombre! —insistió Daniel— no te engañes. La hay en ella, en ella en sí misma y para quien la viva. Hay una dignidad enorme en el sufrimiento. Lo humano revela toda su grandeza, su máxima grandeza en el sufrimiento.

Sus palabras se oían hermosas, atrayentes. Pero yo estaba en otro plano, sufriendo con las heridas abiertas, y no me podían convencer. Si algo en lo humano me parecía denigrante, ese algo era el dolor. Sus palabras me sonaron a insulto, a literatura.

—Tú vienes de vuelta —le dije— y te puedes permitir esa pompa de ser olímpico. Yo voy recién de ida. . . —Me interrumpí, asaltado por una nueva idea—. Espérame —continué— ¿vienes, acaso,

de vuelta? ¿No será que no has estado nunca donde yo estoy?

—¡Hombre, cómo puede ocurrírsete eso! —protestó—. Sé perfectamente de qué me hablas. No sólo el trozo que te he leído, ¡este cuaderno entero!, me recuerda en tal forma esos años, que siento como si lo hubiera escrito yo. Te voy a leer, mañana, ¿podemos mañana?, sí, en el taller, mis escritos de la época de Leyes; verás en ellos la confirmación de lo que digo, verás también, y por esto, principalmente, me interesa que los leas, la evolución que me trajo hasta la serenidad actual: una curiosa mudanza que me cayó del cielo.

—Feliz tú.

—Hombre, si no se trata de echarlo a la broma —concluyó Daniel, todavía protestando.

Tal como lo acordamos, nos reunimos al día siguiente en el taller, sitio habitual de nuestras discusiones sobre libros, exposiciones de pintura y edificios que no comprendíamos y que, como ninguno fue muy lejos en la Arquitectura, no llegaríamos nunca a comprender. Daniel, sin embargo, hablaba de ellos con una soltura increíble; la verdad es que hablaba de lo que quería. Además, con suma facilidad aunque sin demasiado éxito, esculpía, dibujaba, tocaba el piano. . .

Recuerdo los escritos que esa vez leímos, incluso con detalles; tengo aún presente la atmósfe-

ra especial que evocaban. No obstante me sería inútil intentar reproducirlos. Eran trozos en prosa, largos y pulidos, de ritmo lento y melodioso, algo afectados, algo dulzones, algo agradables. Mostraban, realmente, lo que Daniel sostenía. Con sólo una diferencia, estimé al principio: la serena convicción de que, a pesar de los inconvenientes, todo marchaba bien, no era un punto de llegada, sino un punto de partida. En la primera frase del primer escrito, lo advertí. Daniel jamás había visto las cosas de otro modo.

—Te envidio —le confesé con la mayor seriedad del mundo, mientras los comentábamos luego de haberlos leído—. Te envidio. Eres capaz de percibir en la naturaleza de las cosas un sentido que lo hace todo hermoso, digno, grande. Debe existir ese sentido; es forzoso que exista, y yo, el imbécil, no lo encuentro. Quisiera, te lo prometo, ser como tú; quisiera aprender a ser como tú.

Daniel aspiraba aire varias veces, corta, rápidamente, por las narices; le bailaban un poco los bigotes mientras sonreía, lleno de satisfacción.

—Es la capacidad del mito —explicaba—. Tú no la posees. Yo, en cambio, sí. Eres demasiado civilizado, urbano, desvitalizado. . . ligeramente —intercaló— por el siglo; yo me mantengo al margen, saco fuerzas de lo inicial, lo primigenio. Por eso

creo. Pero no te arredres, ya veremos cómo hacer para que recuperes lo perdido.

“La capacidad del mito...” Lo importante era, en primer lugar, la capacidad, y, apenas en segundo, el mito en sí. Al menos en mi caso. Yo no creía en nada. Y se trataba de creer en algo.

—Ya vendrá —seguía Daniel—, ya vendrá; no te afanes, que todo en el mundo viene; vas, hombre, por el buen camino; eres inquieto y no te conformas con lo primero que llega; ya vendrá, te lo puedo afirmar, así, sin temor, porque estoy cierto; si no tuviera fe en ti, no sería tu amigo; no lo sería de ningún modo si no fueras un hombre de selección.

Sus palabras me causaban una inmensa alegría, un goce inquietante, magnífico, que me obligaba a caminar y caminar, casi riendo, por el estrecho espacio del taller, volando en un fascinante mundo de esperanza. Y le preguntaba, entonces, por su infancia, por sus padres, por su vida, “hurgueteando” —término que él mismo emplearía más tarde—, su pasado en busca de los orígenes de esta capacidad suya de creer. Resulta ingenuo ponerlo así, pero, ni más ni menos, yo pretendía eso.

—Mi padre —me contó una tarde paseando por los alrededores de Santiago— murió cuando yo “andaba” en los veinte años, “andaba”, dicen

en el campo; a mi padre lo extasiaba el espectáculo del campo, ¡cuánto habría gozado aquí!, murió de un ataque al corazón. Tenía el cabello rubio, sabes, muy rubio. . . —y se detuvo, como esperando que yo lo imaginara, o como abriendo un marco de silencio para destacar lo que expresaría a continuación—. Usaba un bigote ancho, rubio, corto, como el mío; lo usó, también, desde muy joven (yo lo uso por eso) —y se volvió a detener, como cerrando el marco. Luego siguió—: Sabía vivir, ¡por Dios que sabía! Lo recuerdo suave, delicado, dulce; un hombre grato como ninguno. Era médico, heredó un dinero, lo invirtió, y se fue con mi madre y conmigo al norte; cuando yo tenía cuatro años. Hizo construir una casa en una playa cerca de La Serena y ahí permanecimos hasta el día de su muerte. Yo estudié, interno, en La Serena y en Santiago, y me iba con ellos en mis vacaciones y siempre que podía. Él atendía enfermos en Coquimbo, apenas lo necesario para subsistir; en lo demás, llevaba una existencia muy primitiva: pasaba los días caminando y pescando; las tardes, escuchando música, leyendo, pintando, escribiendo. . . Conservo sus Diarios, alguna vez te los mostraré. Lo hacía todo con suma finura —nada más que para él, por cierto— dejando, simplemente, que las cosas surgieran con espontaneidad. No puedes imaginar, Gonzalo, la limpieza, la pu-

reza de todos sus trabajos ¡qué hombre maravilloso!

“Ahora vivo con mi madre y con unos tíos —agregó— que son, bueno, gente común y corriente... ¡Mi padre me hace una falta enorme...!”

Lo escuché terminar y quedé en silencio. ¡Su padre era tan distinto al mío, un hombre de acción al cien por ciento! Pensé, de una parte, que yo habría sido más feliz con un padre como el suyo, y, de otra, que algo extraño, desconocido para Daniel, rondaba en torno a esa bella imagen que me había mostrado; algo que, de acercarse más, apenas un poco más, la destrozaría por completo. Sin embargo, nunca tocamos ese punto. Aunque yo lo deseara. Todo inducía a creer que nuestra amistad alcanzaba su momento más firme, y pude haberlo hecho. Pero no quise imponerme, ni siquiera en esto; por el contrario, continué dejando que se me impusiera él.

Nuestras conversaciones, con frecuencia sobre el mismo tema: su defensa de lo instintivo y mi defensa de lo intelectual, la suya de lo primario y la mía de lo civilizado, me condujeron lentamente a descubrir lo que, por mi carácter y mi ansia de hallar un sentido a las cosas, se me ocultaba: la ubicación *posterior* en la Historia, y por tanto en el proceso creativo de los valores que

defendía yo. Daniel los rechazaba de plano, le parecía que falseaban y corrompían al hombre. Yo lo escuchaba, discutiéndole apenas lo necesario para seguirlo escuchando: quería adueñarme de esa especie de sabiduría que brotaba de sus palabras, prodigiosamente acertadas, de sus frases, maravillosamente talladas.

—¡Hasta cuándo esquematizar nuestra visión de la realidad, hombre por Dios! —se lamentaba Daniel—. Y creemos que nuestras construcciones geométricas la tocan... ¡Qué majadería! ¡No sigas, hombre, esa misma senda, no te pierdas!

Era esto lo que me seducía en él; esta prescindencia, entre horrorizada y burlona, de lo que, para mí, representaba el único medio de llegar a parte alguna: podía ser que yo estuviera errado y que la lección de Daniel me lo demostrara; podía ser que estuviera errado él y, confirmándolo (pues, hasta cierto punto, lo suponía errado, o, más bien, torcido, aunque ignoraba en realidad por qué), yo quedaría más seguro de mí mismo; había, pues, en todo esto, un afán utilitario por mi parte —“utilitario en un sentido superior”, habría dicho Daniel—; había, además, amor al juego: ¿quién ganaría esta curiosa competencia? Y en otro sentido, más afectivo y menos egoísta, me atraía el encanto de su persona.

Las formas sociales de la *belle époque* revivían con excepcional finura en mi amigo y yo me admiraba observándolo, imaginando cómo actuaría ante cada nueva situación, sintiéndome, junto a él, elevado a una existencia más estilizada. Y tanto como me adaptaba yo a las normas de su estilo, se deleitaba él poniéndolas en práctica.

Cuando nos venía el cansancio —pues empezábamos a trabajar juntos en el último proyecto del año y pasábamos la mayor parte del día en nuestro taller— íbamos al cine o a los cafés del centro, a veces caminando, y, cuando teníamos dinero para ello, íbamos en taxi. Yo lo veía con su perla en la corbata, su abrigo azul y su paraguas —siempre lo recordaré vestido así— e imaginaba que subíamos a un *landau*. Hablábamos delante del chofer con ese tono indiferente y afectado que, en momentos no muy felices, se adopta, frente a los personajes secundarios, para hablar de lo que, por sernos exclusivamente propio, es para ellos exótico o criminal. Atacábamos a la democracia, entonces. El chofer no despegaba la vista del espejo —podíamos suponerlo— y, probablemente, sonreía con envidia y desprecio. Pero lo veíamos transformado en un cochero perfectamente encasquetado en su asiento, y continuábamos hablando.

—La vulgaridad de los muchos deja cada día menos sitio a la finura de los pocos —apuntaba Daniel.

Al llegar a nuestro destino, por cortesía y no por temor de haberse equivocado, Daniel me preguntaba:

—Aquí es, ¿verdad?

—Aquí es, Daniel.

—Párenos aquí, por favor, ¿cuánto le debo? —consultaba al chofer.

—No, por favor, déjame —pedía, viéndome sacar mi billetera—. Siempre pagas tú, comprendo que no puedo hacerlo siempre yo, pero déjame esta vez, por favor.

El chofer ya tenía su idea de estas escenas —y ya tendría, imagino, su idea de nosotros: nos miraba como diciéndonos que concluyéramos de una vez. No obstante se equivocaba: Daniel quería, realmente, pagar.

—Déjate de cosas —replicaba yo, pasando un billete al chofer—. Abajo, señor, abajo.

—Tú primero, adelante —ofrecía Daniel.

Yo bajaba, lo esperaba que saliera, y cerraba la puerta.

—No debiste haberlo hecho —seguía Daniel—. Ven, entremos aquí hoy, te invito. —Y me hacía entrar a un restaurante más caro que los de costumbre. Pedíamos *pisco sours*, *Barros Lucos* y un

par de cubiletes. Nos atendía un mozo de chaqueta inmaculada y se oía una agradable musiquilla de fondo.

3

—He traído un escrito de mi padre —me dijo, de improviso, una tarde, mientras yo lanzaba los dados a la mesa.

—¿Sí? ¿De qué trata? —pregunté.

Pensé, inmediatamente, que fui demasiado tímido, que, para no perder esa imprevista oportunidad de seguir hablando de su padre, debí ser más estimulante; y, luego, que de ningún modo ahondaríamos en el asunto, dado el sitio en que estábamos. Sin embargo, me equivocaba.

—Toma. —Daniel sonreía, cual si fuera a enseñarme una joya—. Léelo.

—¿...Aquí?

—Sí, ¿por qué? ¿No lo quieres leer?

—¡Por supuesto que sí! Es que..., no, por nada —recapacité y, tomando el papel, lo puse ante mis ojos. Mas, por algunos instantes, no pude leer: Daniel era demasiado respetuoso de su intimidad y me costaba creer que, de buenas a primeras y en un lugar público, me estuviera permitiendo “hurguetear” en ella. Escrita con bellísi-

ma y cuidada caligrafía, a primera vista, la página sólo divagaba sobre la música y la naturaleza. Me trajo de inmediato a la memoria el estilo de Daniel, el espíritu de Daniel. La leí, apresurado por momentos y por momentos lentamente, saboreándola con avidez. La concluí y quedé en silencio, vacilante. Había algo más, algo extraño en ella. Y, de improvisto comprendí, con espesa inquietud: era ese algo que rondaba la imagen de su padre, amenazando destruirla.

—¿La leíste entera? —inquirió Daniel con ansiedad.

—Sí.

—¿Leíste el final?

—Sí.

—Es magnífico, ¿verdad? Léelo en voz alta.

—¿En voz alta?

—Sí.

Y comencé la lectura de esta muy extraña página.

—“... ya no oigo a Chopin, ni a Mozart, ni a Vivaldi, aunque ya sea tarde, no quiero más lo grato ni lo amable, quiero otra cosa” —leí, insportablemente turbado.

Daniel dijo:

—¡Qué hombre! ¿verdad? ¿Te fijas en el mundo contenido en esa sola frase? Sigue.

Alcé la vista. Daniel me contemplaba orgulloso.

—“Beethoven, Bach, algo así, o Bartok; con ellos me identifico ahora. La lucha, la energía, la pasión; ya no más delicadeza. Hoy estaría en otra cosa si hubiera estado en eso antes.”

Era la frase final.

—Lo escribió poco antes de morir —informó Daniel, mirándome lleno de emoción. Yo bajé los ojos. Mi expresión debió ser oscura; me sentí palidecer: había comprendido qué significaba ese algo extraño. ¡Cómo Daniel no lo comprendió antes!

—¿Qué pasa? —preguntó con gravedad.

—Nada.

—¡Y entonces, por qué! —exclamó.

—Nada —afirmé.

“Tu padre fue un hombre fuera de lo común —agregué, entonces, dando al “tu padre” una dudosa entonación, queriendo y no queriendo insinuar que lo nombraba como un subterfugio para hablarle de sí mismo—, . . . un hombre extraordinario. . .”

—¿Y qué? ¿qué has visto en ese escrito?

Esta vez creí que no me podía contener.

—Extraordinario —repetí después de un momento, viendo, tranquilizado, que me contenía—.

En realidad lo era. Ignoro por qué... ¡Qué cosa más estúpida! *Era un hombre admirable.*

—Qué rara ha sido tu reacción... —caviló Daniel.

Yo mantuve silencio, arrepentido, odiándome, por no haberla ocultado. Fue tan evidente —así lo pensé— que llegó a poner en peligro la estabilidad de mi amigo. Quizá yo erraba, imaginando cosas.

Inesperadamente, hablándose a sí mismo, Daniel dijo:

—¿Juguemos de nuevo?

Luego volvió a decir, hablándome esta vez a mí:

—¿Juguemos?

—¿Te parece?

—Sí, juguemos, y pidamos otro *pisco sour*.

La musiquilla agradable e inofensiva se dejó oír. El mozo de chaqueta blanca se nos acercó.

4

Después de esa tarde, pasamos varios días sin vernos. Durante ellos trabajé, por mi cuenta, en el proyecto que nos ocupaba: pronto saldríamos de vacaciones y, si no lo entregábamos a tiempo, perderíamos el año. Con cualquier motivo y a

cada momento salía al patio y me instalaba junto a la pileta a fumar y a lanzar una que otra piedra distraída al agua: Daniel no venía.

La lectura de ese escrito daba un vuelco imprevisto a nuestras relaciones. Sin haberlo buscado nunca y sin haberlo sospechado hasta entonces, yo terminaba de ser su discípulo. Daniel, sin quererlo, me había revelado su debilidad. Él la ignoraba antes y recién la descubría, perdiendo, quizá, su sentido de la vida. ¡Qué importaba que fuese falso, *era* un sentido, al fin y al cabo!

Yo aliviaba mi culpa pensando que Daniel podía aún enseñarme mucho; que si no vencía a estas nuevas e inoportunas ideas, sería imposible que siguiera ejerciendo su influencia sobre mí. ¿Correría Daniel la misma suerte que su padre?

Cuando al quinto día tampoco vino a la Facultad, me decidí a preguntar su dirección para ir a su casa. Lleno de inquietud, caí en la cuenta de que, hasta entonces, la ignoraba; me sentí ridículamente engañado: ¿cómo pude verlo casi a diario, durante dos años, sin que me venciera la curiosidad de conocerla? Me pareció que Daniel había evitado que llegáramos a eso.

Siempre íbamos a *mi* casa como si yo lo *acogiera* siempre. . . Acoger. . . la palabra me zumbó raramente en el cerebro. ¿Ocurría, acaso, que, en lugar de ser yo un discípulo en busca de maestro,

era él un maestro en busca de discípulo (o, simplemente, un hombre en busca de otro hombre que pudiera acoger su desamparo)?

Daniel vivía hacia el sur de la ciudad, en un barrio apartado: calles tranquilas, acacios jóvenes y pequeñas casas iguales. La suya, blanca, de muros sucios y un jardín en descuido lamentable, me chocó. La imaginaba, si es que alguna vez se me ocurrió imaginarla, tan cuidada como la vestimenta de Daniel, tan perfecta como un mantel bordado. El picaporte, un palito sujeto de una cuerda, me movió a sonreír: no guardaba relación ninguna con la perla en la corbata. Era la casa de la madre y Daniel no podía arreglarla a su gusto. Sin embargo continué sonriendo. Aunque un poco avergonzado. Me sentía a punto de hacer un hallazgo. Pero a costa de una violación.

Toqué el timbre. Salió una muchacha gorda cuyo delantal, sin duda, se usaba para secar platos.

—Parece que no está —me dijo. Entró a ver y, haciendo justamente lo contrario de lo que Daniel habría deseado que hiciera, cerró la puerta, y me dejó afuera. Pasó un momento más o menos largo y volvió.

—Pase, don Daniel está en cama.

—¿En cama...?

—Sí, señor.

Los escasos muebles del living-comedor estaban

dispuestos en cualquier sentido, las manchas iban persiguiéndose en las paredes. Perdí la discreción:

—¿No me dijo que había salido?

—Sí, pero me equivoqué, señor.

—¿Está enfermo?

—Sí, señor, desde hace varios días.

Esto iba resultando inverosímil: Daniel ya no era un niño. Pero ahí estaba, arropado hasta el pescuezo y con sus bigotillos brincando de risa.

—¡Hombre! —saludó— ¡hombre, qué bueno, he pasado la semana intentando avisarte para que vinieras a verme! Cuenta, ¿qué hay del proyecto? Siéntate, por favor, siéntate, acerca esa silla de la esquina; fuma, si quieres; por ahí, en la mesa, hay un cenicero. Y, por favor, hombre, perdona este desorden y...

—Déjate de cosas, cuenta tú, cuéntame qué tienes —le dije, atropellándome para que hablara largo. Yo no habría podido; mis pensamientos me obligaban a seguirlo; y no habría soportado un silencio: aunque íntimos, se transparentarían, transformaríanse en objetos y, girando por la sala y rebotando en las paredes, produciendo ruido, destrozarían la posibilidad de salir de esta farsa fingiéndome desentendido: hacerlo hablar era mi único recurso, al menos por el primer momento. Todo, una farsa; la convicción me dolía horriblemente, me causaba un desesperado malestar. To-

do, una farsa. Pero ¿qué todo, y qué farsa? Era imposible que ese cuarto, absolutamente insípido y frío, igual a un cuarto de hotel por una noche, fuese el cuarto donde mi amigo vivía. Era imposible que un hombre tan cuidado de su ropa lo fuese tan poco de su cuarto, que un hombre amante de lo bello y lo grato viviera en esa forma. . . ¿lo amaba, realmente? ¿o, acaso, constituía, todo, su pose para impresionar al mundo y conseguir, de algún modo, de cualquier modo, un sitio en él? ¿Por qué se fingía enfermo? ¿Por qué no fingió que no estaba en casa? Habría salido airoso, entonces; yo no estaría frente a él, examinándolo, poniendo en duda poco menos que su existencia real. ¿Estaba ya, cansado de su comedia? ¿Gastado? ¿Pasaba por un momento de debilidad. . .? Hundido en la cama me explicaba su dolencia: una estúpida congestión intestinal que le impedía tenerse en pie. Sus manos mofletudas salían de bajo las frazadas y alisaban su cabello rubio, perfectamente peinado; aspiraba aire por las narices, dos veces, corta, rápidamente y, sonriendo, seguía hablando. Luego reía y sus frases talladas, sus palabras escogidas, sus carcajadas se iban filtrando en mí, variando el curso de mis pensamientos. Quizá estaba enfermo realmente y la empleada era una muchachona tonta.

Su conversación, indefiniblemente alejándo-

se de la enfermedad, alcanzó el plano de lo general, rozando de continuo el tema de nuestras permanentes discusiones. Pero sin aludir, ni remotamente, a nuestra última escena.

Yo necesitaba aludir a ella; *ocuparme* de ella. Ya no resistía más.

—Daniel —intervine—, **no he podido, nunca**, entender esa doble posición que hay en ti frente a la vida: ese amor que profesas a lo primario y ese amor que profesas a lo refinado. ¿No te parece que se oponen?

—No, porque no estás obligado, salvo que seas muy escuálido, a amar en un mismo registro.

—Ya lo creo que no, pero tú afirmas odiar la civilización, y el refinamiento es su producto más quintaesenciado. ¿No serás amante de lo primitivo, de puro refinado, de puro civilizado? ¿No serás un nostálgico de lo que perdiste para siempre? —Acentué la última frase.

—No te pongas sofista —observó riendo.

—A veces, hombre —seguí—, pienso que estás al borde de la tumba, gastado entero, que eres una creatura *hipercivilizada* y que tu amor por lo primitivo y tu amor por lo refinado no son amores, son quejidos, mentiras necesarias para seguirte creyendo vivo; y pienso, también, que te cogiste de mí porque viste que yo, aunque hijo del siglo,

guardo, aún, *algo* de vitalidad: no te enojés Daniel, eso pienso a veces. . .

—Te pusiste demasiado serio —replicó Daniel, y pretendió reír. Esta vez no pudo. La confusión apagaba su mirada, endurecía su rostro. —Gonzalo —añadió, de pronto—, no me has dicho nada del proyecto.

—¿No crees que debes resignarte? ¿que sólo puedes entregar al mundo lo que *llevas* en ti, tu agonía, tu canto de cisne...? Porque eso eres: un cisne moribundo —me agradó decirle cisne, los cisnes son bellos— ¿o, no te interesa entregar algo y prefieres la pasividad en que vives? La misma mentira de tu. . . —me interrumpí.

Su voz quiso afirmarse, pero se oyó dolorosamente frágil mientras repetía:

—No me has dicho nada del proyecto.

Hablamos del proyecto. Y luego me fui.

Al día siguiente regresó a la Universidad. Venía impecablemente vestido con un traje de franela gris abierto a los costados. Me saludó sonriendo, conversamos tres o cuatro cosas —como si nada hubiera pasado— y nos pusimos a trabajar.

Me informó acerca de la congestión intestinal: iba mejor.

Esa tarde me invitó al Centro. Bebimos *pisco sours*, comimos *Barros Lucos* y jugamos a los dados. Él pagó la cuenta. Y también el taxi de re-

greso. No tuve audacia suficiente para invitarlo a comer a mi casa. No sabía si era víctima de una inconcebible trampa de mi imaginación o si estaba ante el artista más consumado de la farsa. Le dije que tenía un compromiso y bajé.

—Hombre, no te preocupes —declaró al despedirnos—. No tiene ninguna importancia.

Llegué a la Universidad, la próxima mañana, con un remordimiento de conciencia. Todo había sido una gran estupidez de mi parte; fui, incluso, impertinente y cruel; debía, de algún modo, arreglar la situación.

—Daniel —le pedí—, comamos juntos mañana.

—Encantado, hombre... pero, ¿no es problema para ti? —Venía, esta vez, con un Príncipe de Gales, también abierto a los costados, y con una hermosa corbata de seda azul.

—¡Qué va a ser problema! La cosa es mejor —detallé—: He invitado a Luisa y a una amiga suya que quiere conocerte.

Daniel perdió el aplomo.

—¿Para qué invitaste mujeres? ¿Qué vamos a hacer con mujeres, Gonzalo, por Dios? —Y, con visible esfuerzo, se echó a reír.

La verdad es que, secretamente, yo esperaba esta respuesta. Me sentí sucio a la vez que victorioso. En lugar de componer la situación, pretendí embaucarlo en una nueva treta. (Recuerdo que,

al comienzo de esta historia empleé la palabra treta. Quizá desde el momento mismo en que bajábamos la escalera conversando de esa prueba de Historia del Arte, sospeché de Daniel. Al fin de cuentas, el farsante iba resultando yo. ¿Era posible que, en el fondo, muy en el fondo, nunca hubiera creído *una* palabra de las tuyas...?)

—¡Cómo es eso! —protesté con malicia—, ¿cómo es eso en un hombre joven como tú? ¿qué es eso de huir de las mujeres?

Unos estudiantes se acercaban. Al escuchar mis palabras, nos miraron asombrados.

Daniel cambió de inmediato.

—No tiene importancia, Gonzalo, olvídate, son timideces mías, ¿a qué hora mañana?

No fue a la Universidad esa tarde ni tampoco a la mañana siguiente. A la hora de almorzar, llegó a mi casa. Verlo me produjo estupor y comprendí que ocurría algo definitivo.

—Mira —me dijo—, traigo una mala noticia.

—¿Qué?, ¿no podrás venir?

—¿Cómo adivinaste? —Sonreía, aprobando mi perspicacia.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Mira, por lo de ayer no es...

De mala gana lo hice pasar al living. Sin entender bien por qué, había en mí una firme resistencia a seguirlo acogiendo. Cerré la puerta del

comedor —mis padres almorzaban— y Daniel, que me observaba atento, apresuró su explicación:

—Me he decidido a terminar con mi niña. . .

—¿Niña. . .? ¿Qué niña? —exclamé, tal si le oyera insinuar que traía un elefante en el bolsillo.

—Te he hablado antes de ella.

Recordé, vagamente, que alguna vez lo hizo; era una remota muchacha de La Serena.

—Terminé con ella. Ayer me llegó una carta suya preguntándome por qué razón no le había escrito durante tanto tiempo. Era la circunstancia que yo esperaba. Ella es una muchacha fina y delicada pero me tenía bastante aburrido y dejé, intencionalmente, de escribirle. . .

Yo ansiaba ver cómo encajaría todo esto en la comida de la noche.

—. . .ayer me llegó su carta preguntándome qué sucedía. Le respondí que quería terminar. Y ella es demasiado fina y delicada; en un momento así, después de cuatro años, piensa que han sido cuatro años, yo no puedo estar festejando.

Guardé silencio. ¿Sería esto un *beau geste* urdido, no tan sólo para sacar la vuelta a la comida, sino para impresionarme y recuperar mi admiración perdida?

—Toma —continuó, sacando de un libro un papel cuidadosísimamente doblado—. Es la carta

que le acabo de mandar; léela —y extendió la mano, alcanzándomela.

Yo seguí en silencio, di un paso sin dirección, temeroso de no poder contener mis nervios a punto de estallar, y estallé.

—Bueno, hombre, es una lástima que no podamos comer juntos esta noche. Guárdate la carta. No necesito leerla. ¡No puedo leerla!

Daniel me miró con expresión vacía.

—Bien, Gonzalo, vine nada más que a eso.

Lo acompañé a la puerta y lo vi alejarse, con su balanceo de pato y su aire desamparado, hasta la esquina. Esta vez no había orgullo en su desamparo. Quise correr, alcanzarlo y suplicarle que me perdonara. No sabía por qué. No importaba por qué.

Pero no lo hice.

5

Sólo al regresar de vacaciones supe la horrible noticia.

—Fue a fines de diciembre —me dijo la muchacha gorda, sin hacerme entrar en la casa—, de eso que le había dado al estómago; cáncer, parece que era.

“A fines de diciembre... poco después de nuestra última escena...”

—¿Por qué no me avisaron? —exclamé—, ¿por qué no me dijeron una sola palabra?

—Escribió en un papel que no le avisáramos a nadie, señor.

—¿Dejó un papel...? Pero ¿cómo, entonces? ¿De qué murió? ¿Cómo supo que iba a morir?

La mujer vaciló.

—Yo no sé, señor; no entiendo de estas cosas. Eso es todo lo que sé.

—¿Vino alguien? —me escuché preguntar después.

—Sí —dijo la muchachona. Y lo que agregó me puso al borde del espanto: —Vino una señorita de La Serena.

PRIMERA VIGILIA

LA FRÍA LUZ del alba, blanca, grisácea, se colaba por la veneciana; filtrándose por las cortinas, caía, destellando, en los objetos de cristal del tocador y, vagamente, comenzaba a perfilar el interior del cuarto.

Paula despertó angustiada. Se dio vuelta en la cama. Un crujido muelle y la nueva posición le brindaron un ligero olvido. Volvió a darse vuelta. La angustia, densamente penetrándola, se transformaba en dolencia física cercana a la náusea. Junto a ella, en el lugar de Tomás, dormía, dándole la espalda, Francisca, su hermana menor. La curva hermosa de su cintura, alzándose hacia la cadera, se adivinaba oscuramente bajo la colcha. Celosa siempre, aún ahora —en medio de su malestar y después de todo aquello—, Paula contempló a su hermana con desdén. Un repentino impulso de ternura vino, sin embargo, a cambiar su ánimo; alargó el brazo y, deslizando los dedos en-

tre los negros cabellos de la muchacha, obtuvo un consuelo. Dulce. Pero vano. Ya no había solución.

¡Si Tomás estuviera aquí!

Francisca y Julián no se habrían quedado, todo sería como antes si su marido hubiera estado aquí. Pero estaba en el fundo, siempre en el fundo, y ella, en Santiago, sola con el niño. Francisca y su novio, invitados a comer, se habían quedado a pasar la noche. Sin razón alguna. "Sin razón ninguna, salvo mis insinuaciones y mis insistencias". Supo que aquello vendría, se hallaba en el aire, inasible pero presente, surgiendo, pavoroso, siempre que veía a Julián. Sólo restaba esperar. Con un despojo débil de escrúpulos antiguos, Paula esperó. Hasta hoy.

"Es demasiado tarde —les había dicho cuando quisieron irse—. Viven lejos, llamen por teléfono." Y buscó los ojos de Julián. Se ligaron a los suyos en la cálida penumbra de la sala, mientras, desde el *pick-up*, remolineaba contrapuntos un pianista negro. Saltó de inmediato la complicidad secreta, contenida; saltó en un culpable y delicioso movimiento de miradas bajas. Julián fingió que se dormía: su primera concesión. Francisca, recelosa, quiso despertarlo; pero luego, vacilante, fue al teléfono. Y, temblando, como si ansiara caminar y caminar para abatir sus nervios o volcarse en una cama en busca de un imposible aturdi-

miento, la muchacha se fue al cuarto. "La observé perpleja; comprendió que se jugaba a Julián; no entendí qué pretendía; no pensé que lo abandonaría todo. ¿Audacia? ¿Miedo? ¿Resignación? ¿Generosidad?"

Paula seguía acariciando los cabellos de Francisca; negros, violentaban la blancura de la almohada. Recordó, estremeciéndose, el tono de ironía con que la palabra generosidad había reído en su imaginación.

Francisca pareció despertar. Algo confuso se desprendía de sus labios, ¿llamaba a Julián? Aterrorizada, Paula retiró la mano de sus cabellos y, con el corazón batiendo, aguardó un momento crispado de silencio. La respiración de la muchacha fue, poco a poco, conformándose a un ritmo sereno; su cuerpo entero fue, imperceptiblemente, relajándose, como en el abandono de una entrega. "Quizá sueña. Imploré a Julián, cuando salí del escritorio, que, pese a todo, no la dejara. El Bautista no dijo nada... El Bautista, le dicen, ¡con su cara de incorruptible...!"

La mujer escuchaba. Los cuartos vecinos, bañándose en la quietud del alba, no le enviaban más respuesta que el eco, casi corporal, de su propia respiración. "El niño duerme. Julián, envuelto en la manta, debe estar odiándome, asqueado, en el sofá del escritorio." Después, creyó percibir

un ruido, sí: unos pasos lentos, intencionalmente débiles: Julián. Una ansiedad irremediable la hizo incorporarse. El batir de su corazón quedó suspendido; casi desvanecida, miró, rencorosa, a la muchacha que soñaba; pensó dejar la cama; los pasos callaron; luego, un sonido inconfundible: el de un fósforo contra una caja. "Julián fuma." Los mismos pasos, intencionalmente debilitados: "Julián vuelve al sofá." Y, de improviso, un espantoso zumbido de silencio.

Ese corto lapso de rumores le resultó interminable, maravillosamente largo; le llegaron, de uno a uno, como caricias, acongojadas de remordimiento, pero, al mismo tiempo, ardientes: desesperadamente ardientes, y amorosamente consoladoras. Por último, su respiración, normalizándose, vino a rebalsar sus oídos irritados. Se dejó caer hacia atrás. La angustia nuevamente la posesionaba.

Encendió la luz. Ahí está, en el velador, la fotografía de Tomás, imperturbable. Apagó la luz de golpe y miró otra vez a la muchacha.

"¿Cómo duerme, cómo puede?" Al volver del escritorio la había encontrado despierta. Cuidándose hasta del susurro lleno de reminiscencias de la camisa de noche, había alcanzado la puerta del cuarto. Cerca de la ventana irradiaba una pequeña brasa roja. Francisca estaba en pie. Francisca no pudo sino haberlos escuchado. Quizá, yendo

hasta el escritorio, Francisca los había visto. Paralizada, se detuvo en la puerta. Pensó que iba a gritar. La brasa describía el recorrido hacia la cabecera de la cama. Se llevó las manos a la boca. "¿Cómo pude?" Francisca, junto a la cama revuelta, deshecha y rehecha muchas veces, le clavaba unos ojos brillantes, aún húmedos, oscurecidos de odio. De improviso su mirada se empañó en una suerte de imploración que, acentuándose, libró un llanto desconsolado; el de una bondad inmacula que aún persistía en perdonar, en marginarse incluso de lo imposible con tal de perdonar. La muchacha se mostró desnuda, como no la había visto nunca; como siempre la supuso, sin embargo, aunque no la hubiese visto nunca. Ella también se desnudaba: retribuyó una mirada, también oscura de odio —sólo que, ni aún oculta, habríase adivinado en ella alguna voluntad de súplica. El suyo era un odio ante el que todas las barreras del respeto humano; y del respeto a sí misma, se desmoronaban. "Francisca sería feliz, casada con Julián." La había sacudido un extraño miedo de ser lo que era. Escudándose, entonces, en una mueca de sonrisa, "Vengo del baño", había dicho, sin que le preguntaran nada. Y caminando, con desenvoltura trabajosa, hasta la cama, se acostó. "Apaga la luz", ordenó después, y simuló que dormía. Francisca obedeció. Pero tar-

dó algunos cigarrillos de silencio en volver a la cama. “¡Cómo pudiste —estalló de pronto— ¿por qué lo hiciste; por qué me lo destrozaste todo?” Paula no respondió. Más tarde la escuchó sollozar calladamente. Y demoró mucho en conciliar el sueño.

Dolorida por el recuerdo de la escena, Paula pensó en un psiquiatra. Francisca se agitaba, como endurecida, como rechazando un cuerpo que quisiera aproximársele. Paula tuvo un sobresalto. La obsesión de quebrantar a la muchacha había sido tan fuerte, que, exponiéndose a perderlo todo llegó a quitarle lo único que ella poseía. Le causaba miedo el espectáculo que tendría que venir, mañana y pasado y durante el resto de su vida. Comprendió que, por otra parte, turbiamente, lo anhelaba. Por ahora, prefería que Francisca durmiera. Sin Julián, volvería a quedar desamparada, como siempre estuvo, como se acostumbró a verla, y regresaría a ella. Francisca sin Julián... ¿Cómo lo pudo tener? Siendo tan fea... Cuando nació parecía un ratón pequeño. Y el padre y la madre se enamoraron del ratón recién nacido. La hizo pasar vergüenza en el colegio. Tan morena, y con la boca tan grande... , era una perfecta negra. La dejaba sola. Francisca lloraba y lloraba, niñita consentida. Siempre inferior a ella, tenían que protegerla. Tontita, pero hábil para

cultivar la conmiseración de la gente. La imitaba, perdonándosele todo, admirándola. Pensó que nunca la sobrepasaría en nada. ¡Oh, por qué se había casado con Tomás! Cuando no estaba en el campo, iba a los bancos y dormía siesta. A veces la llevaba al biógrafo en la noche. Se creía fuerte, seguro. Julián, en cambio, era tímido, como si fuera débil, vivía pendiente de Francisca, conversaba de libros, tenía éxito con las mujeres... ¿Cómo pudo fijarse en su hermana? Se besaban con una ternura que le dolía demasiado. ¡Nunca Tomás, con todo su dinero, la besó así!

Había temido que Julián la rechazara. Pero ese largo y callado momento que permanecieron solos, y luego ese otro, cuando ella regresó en camisa quejándose de insomnio y Julián no supo en dónde poner los ojos, bastaron para tranquilizarla. Más tarde se reclinó sobre su pecho, ¡se sentía desolada, perdida en una confusión insostenible de tormentos! Él no se movió. Después de eso, sólo de eso, él ya no pertenecía a Francisca.

Desde que surgió Julián, la muchacha había ido apartándose de ella; ya no continuaba siendo la niña fiel, condescendiente y secundaria: se rebeló y se aproximaba a conseguir lo que ella nunca pudo. "¡Tomás! Idiota. Julián me insultó; me juró dejar a Francisca. Pero no dejarla de amar..."

Tanteando a ciegas el velador en busca de ci-

garrillos, sus dedos tocaron el vaso de agua. Recordó el *whisky* de pocas horas antes. Permanecía, aún, el gusto —como un tapiz amargo— cubriéndole el paladar. La embriaguez. Una circunstancia más. “¿Atenúa algo?”

Ese primer beso de Julián fue como si una fuente de cuento de hadas reventara en pedazos, produciendo un sonido horriblemente bello. La fuente de Julián y Francisca. No permitieron nunca que alguien bebiera además de ellos: la habían construido solos, egoístas, nada más que para ellos; se despojaron de lo que pudiera empañarla, esquivaron lo que amenazara con trizarla; aislándose, rehuyeron el peligro; contemplándose, como elegidos, endurecieron la roca y el cristal hasta lograr que albergara agua de música, hasta fascinar con esa su famosa fuente envuelta en una extraña aureola de quimera. Era odioso. Y distinto a su experiencia, árida y agónica desde la niñez; demasiado distinto para ser verídico. Los pedazos se desparramaron, carcomidos. Ya no había nada; como si la fuente nunca hubiera sido; cual si nunca *ella* la hubiera roto; todo disuelto, cual una travesura del viento.

Contempló a Francisca con un forzado aire de cinismo. En medio de la creciente claridad, advertía una calma infantil en ese rostro sumido en otros mundos. Quizá soñaba con vivir siem-

pre feliz, como las flores. Su cinismo desapareció en un impulso conmovido, mezcla de ternura y piedad, por su hermana, por ella, por todo. Acercó sus labios a Francisca, tal si en un beso pudiera hallar la purificación. El aliento de la muchacha alcanzó su rostro; algo implorante se agitó en ella —como un grito desamparado, clamando auxilio, exigiendo a Dios.

Francisca despertó, y ambas mujeres permanecieron abrazadas, mudas, durante largo rato.

DIA DE NIEBLA

C UANDO CAYÓ LA NOCHE, la niebla, diluyéndose, distanció el horizonte de techos. Llovía un rato, cascabeleaba el agua en las latas de la pensión, y concluía de llover. Pablo, con su viejo abrigo puesto, paseaba excitado por su pequeño cuarto. Cogía un libro e intentaba leer sentado en su sillón. Pero las imágenes circulaban, zigzagueaban, se atropellaban, disipando la calma que, fugazmente, asomaba. Y crecía violentamente la ansiedad por expresarlas.

Pablo había pasado el día —con recelo primero, luego con miedo, y con terror por último— queriendo contener esa ansiedad, queriendo trizarla y suprimirla. No era la ocasión, sentía que no era —que no sería jamás, sintió— que no era, en todo caso, de ningún modo, ahora. Creyó verse, mil veces, tachando líneas y rompiendo papeles. Quiso huir, contenerse y trizarse y suprimirse, mil veces.

Y de improviso estuvo, realmente, en la mesa, como si no hubiera podido ser de otro modo, como si viviera un momento esencial que, por más que concurría en él, no fue causado por él ni sería por él resuelto; un momento del destino que era el vértice mismo de su larga crisis.

(El día había comenzado así: Pablo abrió la ventana y, adormecido aún, reclinó su cuerpo —su cuerpo pálido e infantil para sus años— en el borde inferior del marco.

De la puerta de un patio, enfrente de la pensión, vio surgir, húmeda de niebla, a una criada que se alejaba por la orilla de los muros. La niebla, en oleadas pardas, le envió unos rostros retorcidos del fondo de la calle. Y arrancó de una transeúnte de faldas gastadas una sonrisa sin objeto que colgó del aire un instante y se desvaneció en el horizonte de los techos.

—Otra mañana, otra bella mañana —se dijo Pablo—. ¡Bellísima mañana! —Y sonrió: había esfuerzo en la curva angosta de sus labios, una lastimosa tirantez en sus mejillas largas, una tristeza amarga en sus ojos grandes y rasgados.

Cerró buscamente la ventana y se dejó caer sobre la cama. Recién entonces sintió frío y cubriéndose con las frazadas, entero, cual para proteger su cuerpo y también su imaginación de ese

frío, se encogió hasta oprimir con las rodillas el pecho —como lo hacía cuando era niño— y causarse dolor.

Escuchó luego un sonido que venía del pasillo, que, acercándose subía la escalera. Se entretuvo mientras lo imaginaba abrirse paso, como un ser vivo, por el brillante y feo tejido de la colcha, por el peludo de las frazadas, por el tejido áspero de las sábanas. Lo imaginó desdeñoso en la colcha, tieso como un marqués; dulce en las frazadas, tierno como un pequeño burro; y tosco y rudo y puro como un labrador al enredarse en las sábanas. Era sólo un sonido de pasos. Su imaginación exacerbada lo amedrentó. Eran sólo pasos. Arrastrados y oscuros: los zapatos con suela de goma de su padre. Los usaba para economizar: los mismos de cinco, de diez, de quince años atrás, los zapatos de siempre.

Pablo se estiró para encogerse de nuevo, deseando evitar, al menos por hoy, el trámite diario.

El hombre abrió suavemente la puerta. Pero el resto fue, hoy, distinto. Al ver a Pablo en cama se detuvo. Habló desde el umbral, como si temiera profanar un santuario.

—Hijo, ¿estás enfermo? ¿No vas a ir a hacer clases?

“¡Por qué me ama tanto, ya no soy un niño, tengo más de veinte años, padre! ¿No comprende

que su amor no me sirve?" Eso habría querido decirle. Aunque no bastaría, por lo menos eso.

—No, padre, no voy a ir.

El hombre tuvo una idea. Su rostro destelló como si la luz del pasillo hubiera crecido.

—¿... Te vas a quedar escribiendo?

—¡No; escribiendo no! —gritó Pablo. Incorporándose con violencia, saltó de la cama.

Se miraron. El hombre no supo qué decir, no habría sabido qué decir. El hijo, impotente, no habría sabido cómo decir lo que no era esto ni lo otro, lo que era todo al mismo tiempo, mucho más, y estaba dentro, comprimido y retorcido por una interminable inexpresión. El padre, moviendo las manos en el aire, como queriendo asirse de algo que pudiera comunicarle fuerzas, agachó la cabeza.

—Tengo que corregir las pruebas de sesenta niños... para mañana.

El hombre no creyó en lo que escuchaba, pero dijo:

—Si es así, mejor no vayas a la escuela, Pablo; sí, mejor es que no vayas.

—Además —siguió, y en esto sí creía— es mejor que no vayas hoy a ninguna parte; podrían hacerte daño.

—¿Qué?

—La revuelta —explicó el padre—. Los obreros sueltos.

—Sí —asintió Pablo, pensativo—. Lo había olvidado. . .

“¿Y usted? —preguntó de pronto.

—Yo no —respondió el hombre—. Yo tengo que ir al trabajo de todos modos. —Y salió escurreándose, como obligándose a una actitud que su espíritu sólo apoyaba a medias.

Y las suelas de goma del hombre se alejaron por el pasillo, descendieron la escalera y no se oyeron más. Alcanzarían hasta el final de la calle suburbana y allí quedarían, sacudiendo el frío largo rato, bajando y subiendo en el paradero, como las patas de un caballo encerrado. Luego yacerían quietas en el tranvía, firmes en las barritas metálicas del piso. Y, por último, tropezando un par de cuadras, se meterían en un inmenso y sombrío edificio gris, el mismo de cinco, de diez, de quince años atrás, el edificio de siempre.

Cuando en esos días lejanos, muy lejanos, el hombre entraba en la casa de altos muros rojos y pilares de madera esbeltas, Pablo era un niño. Delgado y alegre, corría persiguiendo pájaros por la hierba nueva y se tendía en las piedras grandes a escuchar los grillos. En los atardeceres, sentado en la calle cálida del pueblo, aguardaba el regreso de su padre viendo crecer las sombras en las hon-

donadas de la cordillera: eran los murciélagos, que salían enormes de sus cuevas y mientras se acercaban se empequeñecían para no asustarlo demasiado.

¿Habían existido esos días lentos y soleados? Estaban vivos en su ser, como algo que ocurrió antes de siempre, pero alarmantemente vivos, ahora más que nunca. Su padre había sido un hombre en esos días. Lo saludaban todos con respeto y los dueños de fundo se detenían a conversar con él. Hoy era un hombrecillo, irreconocible entre los innumerables hombrecillos. Sólo la niebla lo advertía. Para diluir aún más su pobre individualidad.

Haciendo fumar a un murciélago estaban con Juan —¿qué será de Juan?— cuando su padre vino a decirle que partían.)

Cuatro, siete, diez páginas fueron al canasto, con muy pocas líneas cada una. Pablo tomó un libro del estante, copió un poema, lo escribió en prosa, lo volvió a poner en verso, tiró la hoja, lanzó el libro al suelo, se dejó caer sobre la tabla de la mesa, hundió el rostro en las manos y las restregó, húmedas, en sus pantalones; miró la pluma, la sacudió y un goterón de tinta manchó el papel; arrancó la hoja, la hizo una bola y la arrojó contra la pared.

...la muchacha rubia, los labios hinchados, dos piernas flacas moviéndose, suelas de goma, edificio, pilares esbeltos, murciélagos, el sol, la sonrisa, la muchacha rubia...

Pablo salió de la silla, aplastó en el piso con el pie la bola de papel y abandonó el cuarto dando un portazo, llevando una idea como un dolor en la cabeza: "La revuelta..."

(Pablo regresó del baño. Se tuvo que duchar en agua fría. Algunos de los pensionistas —los mismos de siempre y, como ninguno, esa mujer flaca de labios hinchados, esa que escribía a máquina— semidesnudos e insultándose y con las toallas sucias colgando de los cuellos, se habían peleado por agotar la provisión del calentador. Encontraba pelos en el lavatorio, gotas como de sudor perlando las paredes.

La escena se repetía a diario. Los lunes, aún con más crudeza: los pensionistas, habiéndose acostado tarde la noche anterior, y por lo general con algunas copas en el cuerpo, se levantaban juntos, en el último minuto.

—No exageres, hijo —le decía el padre—. Tienes demasiada imaginación y ves las cosas peores que en la realidad; te atormentas.

—Usted, padre, ya lo acepta todo; se negó a rechazar lo malo, a seguir peleando, se entregó.

—Hay que resignarse, hijo...

Sintió que hoy parecía lunes; la escena le resultó tan insoportable como sólo alcanzaba a serlo en día lunes. ¿Qué día es? ¡Qué importa, qué día es! Al entrar en su cuarto y cerrar la puerta de un golpe respiraba con alivio, como si un viento lo hubiera arrancado de la opaca calle suburbana y lo depositara en otra tierra. Cayendo aún, acariciado por el aire, Pablo dejaba errar la mirada, saboreando con los ojos cada uno de sus objetos, hasta empozarla finalmente, siempre, en sus libros queridos.

Tenía en el cuarto una cama, una mesa, una silla y un ropero; los fue comprando poco a poco, reuniendo peso a peso durante largo tiempo; además, su sillón de cuero verde —lo halló en una de las tiendas de trastos viejos que solía recorrer... ¡su hermoso sillón de cuero verde!— y, junto a una máquina, tenía el estante con sus libros: una pequeña colección de volúmenes comprados, primero por su padre y luego por él, a lo largo de los quince años que llevaban viviendo en la ciudad.

Hoy nada sintió al cerrar la puerta de un golpe: desde hacía varios días era igual: el retumbón, una sacudida corta en el muro, una caída de granitos de tierra debajo del papel y en seguida continuaba el río interminable de imágenes angustiosas. Si correspondían o no a la realidad, no

lo sabía ni podía preocuparse de saberlo: circulaban por él como su sangre, por alguna causa extraña convulsionadas cada momento con mayor violencia. Y no las podía expresar.

—Hijo— le había dicho el padre, siendo él un niño—, tú lees demasiado, eso es malo.

El niño sonreía sin comprender.

—Debes estudiar más y no perder tu tiempo.

Y le compraba libros, sin embargo. . . “No debes leer tanto. . .”, le decía. Pero le gustaba que leyera, se sentía orgulloso de Pablo. “Quizá si me lo hubiera prohibido, las cosas no serían como son; yo no sería profesor primario, sería contador o técnico y no viviríamos en esta pensión inmundada”, reflexionaba el hijo ahora.

Pablo conocía cosas mejores. Y las amaba. Una de ellas era el barrio que cruzaba para ir a su escuela. Caminaba sin rumbo fijo por sus calles, imaginando que vivía allí; caminaba y caminaba, hablando solo a veces, bajito y largamente, como en su infancia cuando efectuaba cacerías de jirafas en el campo o recorría su pequeño pueblo mandando regimientos de lanceros o expediciones de conquistadores para derrotar a los gigantes.

Una tarde vio a la muchacha rubia.

Vagaba por una calle quieta sombreada de acacios. Iba pensando y, cual otras veces en esas calles, pensaba con dulzura, sin miedo ni desespe-

ranza. Si viviera en ese barrio... la serenidad y la calma le permitirían expresarlo todo, absolutamente todo.

Un sonido desvió su atención, lo recordaba con increíble nitidez. Miró al jardín de donde venía y se detuvo. Una muchacha rubia vestida de pantalones amarillos cortaba flores con una tijera podadora. Alcanzaba las matas con gracia y desdano, alargaba un brazo tostado por el sol, cogía la flor con levedad y rompía con la tijera el tallo; luego se volvía —sus pechos audaces parecían suaves, su cuello se veía desnudo—, se inclinaba y la tela del pantalón se ponía tirante, el cabello caía en torno a la nuca y envolviendo el rostro; la muchacha dejaba la flor en un ramo en la terraza y se erguía fácilmente; moviendo apenas la cabeza y llevando arriba una mano se arreglaba el cabello en los hombros y caminaba de nuevo hacia la mata y después hacia otra mata. Lo hizo todo como gozando de una secreta y atrevida complacencia de su cuerpo, del roce de su cuerpo con su ropa, con el aire, con las plantas, con la tarde.

La contempló ir y venir dos, tres, diez veces; estuvo ahí veinte, treinta segundos, tres minutos, quizá, aguardando con ansiedad y miedo que sus miradas se cruzaran.

Alguien la llamó del interior de la casa. Entrando en la sala por una puerta de hoja grande,

la muchacha desapareció en una habitación contigua. Pablo avanzó algunos pasos y pudo, a través de la ventana, verla hablando por teléfono, largo rato. Se había tendido en un sillón y descansaba las piernas en uno de sus brazos; de tanto en tanto reía y alzaba una mano para arreglarse los cabellos. Luego colgó y salió apresurada de la habitación. Pablo sonreía: dentro de un instante estaría otra vez en el jardín. Pero no regresó, ni siquiera a buscar las flores que quedaron, olvidadas, en el ramo en la terraza.

Pablo aguardó, pese a ello. Se detuvo un auto frente a la casa. Su ocupante tocó la bocina y la muchacha, llevando ahora un vestido —a rayas azules y amarillas—, cruzó corriendo el jardín. Pablo los vio besarse en el auto. Imaginó que ella tenía los labios sedientos. Pensó, ridículamente, en un caracol. El auto partió en seguida; los vidrios iban bajos y la radio iba sonando, lo bañó una canción a gritos.

Esa tarde llegó a su cuarto y permaneció largo rato tendido en la cama. Soñó con la muchacha rubia, después, y que la hacía suya. Lo soñaba con frecuencia desde entonces pero nunca se atrevió a volver a esa calle. Pasó cerca a menudo pero temía verla besando a ese del auto y continuó siempre su camino.)

En lo alto de un poste vio un círculo difuso de humareda amarilla. Otro más vago vio en la esquina. Era de noche. Los dejó a su espalda y no hubo más luces. La calle se abría para darle paso y luego se cerraba. Pablo iba como llevando consigo un nimbo de espacio, oscuro, estrecho, mojado, su propio nimbo, fuera del cual no había existencia, nada delante, nada en los flancos, nada atrás. "La revuelta. . ." Caminaba rápido, más rápido, destrozando el silencio con sus pasos sonoros. Caminó y caminó. Las luces aumentaron. "Mi padre ya ha regresado a esta hora." El pensamiento lo hizo detenerse. Una luz surcaba la niebla, lo notó de improviso. Venía de una ventana. Un grupo de personas adentro hablaba y reía; se escuchaba, sosegadamente, música. Una mujer se levantó fumando y subió una mano para arreglarse el cabello en los hombros. La imagen de la muchacha rubia tornó a su mente y fue más intensa que el recuerdo de su padre. Reanudó la marcha: alguien se aproximaba por la calle y Pablo se arremió a la pared. Con las mantas de castilla brillando de niebla condensada, una pareja de carabineros penetró en su nimbo. Le preguntaron qué esperaba ahí. Pablo respondió, con extraño placer, que, siendo el mozo de esa casa, esperaba que le abrieran, que volvía de comprar cigarrillos para la señora. Los carabineros siguieron "¡Cigarrillos para

la señora. . .!” Los había engañado. Miró de nuevo a la ventana y experimentó una nostalgia aguda, como ante una despedida fatal. Esperó que los carabineros se alejaran y reemprendió la marcha, caminando rápido, más rápido, trotando casi, a través de la niebla, en dirección al centro de la ciudad.

(Pablo no quiso bajar para el almuerzo. No por la comida, la comida no le importaba gran cosa: por evitar a los pensionistas y a esa mujer flaca que escribía a máquina.

—Te enamoraste, cabro —le había dicho tiempo atrás la mujer—. Ven y consuélate conmigo.

Pablo había sentido asco. Pero la invitación había ido perturbando más y más su soledad. Hasta que una noche entró en la pieza. Salió cabizbajo, decepcionado y humillado. Sin embargo, reincidía; y salía tan humillado como la primera vez. Pasó muchas tardes con ella mientras, simultáneamente, soñaba que era él quién llegaba en el auto, y que hacía suya a la muchacha rubia en una casa de la calle con jardines.

Los pensionistas lo juzgaban con cierto respeto. —“Es inteligente”, decían— y con cierto rencor, además. “Abusa de su padre —decían algunos—: Debería trabajar en una fábrica o una oficina, ganar más dinero y permitir que el viejo,

que se desvive por él, descanse de una vez; trabaja en las mañanas, en cambio, enseñando chiquillos —¿a quién le sirve eso?— y pasa el resto del día encerrado solo o, peor, con esa mujer a la que tarde o temprano expulsarán de la casa.”

—Oye, cabro ¿por qué no fuiste? Se quejaron porque no avisabas —le dijo la mujer, tendiéndose en la cama. Ni aun escapando lograba evitarla.

Lo mismo que tantas otras veces, pasó con ella la mayor parte de la tarde, asqueado e incapaz de echarla o de abandonar él la pieza.)

Iban apurando los minutos con sus pies veloces. Oyó un disparo lejano. La niebla de nuevo subía, los edificios comenzaban a ser grandes —los edificios sombríos y grises—, las calles estaban desiertas y vibrando de violencia oculta. Pablo continuó. Los disparos, intermitentes y pausados, se oían más cerca. Una garita yacía lejos de la esquina, aplastada como una caja de cartón y, en su lugar, asomaba un estómago roto de hierros y de cables. Vio un grupo de carabineros rondándola. No podría pasar al centro de la ciudad. Desanduvo sus pasos y tomó por otra calle. Había, también, un grupo. Y luego por otra. Lo mismo. El centro se hallaba cercado. Aguardó junto a la pared. La violencia reventaría de un momento a otro; la vio-

lencia que acabaría con ese distante mundo bello, con ese imposible mundo amado. Esperaba dentro de los edificios, pegada al pavimento, resbalando por los alambres eléctricos, soplando invisible por los socavones de las calles, murmurando un diálogo de ecos silenciosos. De pronto, el silencio pareció plegarse sobre sí absorbiendo el sonido más sutil, pareció succionar el aire y detener la vida. Se oyó, entonces, un estallido de vidrios rotos. Pablo dejó de temblar. Giró. Tres sombras cruzaron corriendo la esquina. Sonó un disparo. Sonaron otros, en todas partes. El grupo de carabineros se dispersó dando voces. Pablo se introdujo en un zaguán. Los perseguidores pasaron frente a él y no lo vieron. Pablo, pálido, salió. Miró hacia ambos lados: nadie. Se lanzó a caminar. Estaba dentro.

...rápido, más rápido, la muchacha rubia, las piernas, las suelas, Juan ¿qué será de Juan?, papeles rotos, papeles rotos. Al fondo de la calle la oscuridad se hizo más densa. Una masa de hombres avanzaba, dura, sorda, negra. Pablo emprendió la carrera hacia ellos. Destruirían al mundo, lo destruirían a él, acabarían, por fin, con todo. Sus pasos sonaron en su cerebro como campanas frenéticas. "¡Soy de ustedes...!", comenzó a gritar.

UN JOVEN Y SUS PROBLEMAS

LUIS FELIPE SE detuvo y miró. La calle Agua-santa caía cerro abajo y se perdía entre los innumerables techos de colores. Más allá del plano, el mar, oscuro hasta entonces, reflejaba un alegre cielo azul. Justamente ahora, cuando el muchacho pretendía volver a Santiago.

Era un domingo por la tarde y los automóviles, como disparados hacia la cumbre, pasaban en docenas y dejaban junto a él, girando en el aire, una impresión de bienestar que a Luis Felipe se le antojaba insolente. La calle, cerro arriba, se perdía en una curva y, uno tras otro, los automóviles se iban zambullendo en ella.

Enjugándose la traspiración con una manga de su chaqueta de *tweed*, Luis Felipe desató su chaleco celeste anudado al cuello. La brisa, refrescante, lo animó a caminar de nuevo. Aliviado, aunque molesto, vaciló: sentía pesadas las piernas y la respiración torpe, ridículamente torpe. No

obstante, subió otra cuadra. Pudo haber tomado la acera, lo sabía, y haberse protegido del calor bajo los árboles —pero continuó por el medio de la calle.

El chaleco, balanceándose en una mano, le incomodaba; bajo la chaqueta, húmedas oleadas de calor le recorrían el cuerpo y ascendían envolviéndole el cuello, la nuca, las orejas —lo sofocaban. Además, el cuero cabelludo le picaba: Luis Felipe sufría de caspa. Siguió subiendo y siempre por el medio de la calle,

Un zumbido denso, poderoso, lo indujo a darse vuelta. Vio un auto de modelo reciente, un Chevrolet, según le pareció, ocupado por un hombre solo. Era el momento. Sin interrumpir su marcha, le hizo señas, el característico gesto con el dedo. Alcanzó a notar que el hombre, moreno y bien peinado, llevaba un pañuelo de seda al cuello y lentes para el sol. Tal vez, lentes italianos. Apoyaba el brazo en el marco de la ventanilla, y en la botamanga de su saco azul brillaban tres botones dorados. Luis Felipe advirtió de inmediato la comunidad entre ese hombre y él. Sonrió para sí, sacudiendo el dedo con esperanzada indolencia: no tenía para qué esforzarse: los iguales se ayudan.

El hombre no lo miró, el zumbido continuó, igualmente denso y poderoso. El auto pasó de largo.

En seguida venía otro coche. Nuevo, también,

y ocupado por un hombre solo, vestido al mismo estilo.

Luis Felipe no le hizo señas. El coche pasó de largo.

Más atrás subía un Ford. Blanco y del año 1958, como el de su padre. Lo ocupaba una pareja: una mujer de rasgos finos y un hombre como los anteriores.

Sintió que *estos* lo miraban, que la mirada lo penetraba hasta muy hondo. Enrojeció. Sus pasos lo condujeron a la acera. El calor es enervante, se dijo.

La pareja cambió un comentario. Sin duda que sí, por supuesto que lo cambió; Luis Felipe lo comprendió —claramente—, al verlos, a través del vidrio posterior del coche, acercarse y hablar algo. Les asombró ese muchacho con zapatos de gamuza, con pantalones grises bien cortados, con una chaqueta de *tweed* y un chaleco celeste, yendo por Aguasanta a pie.

Esforzándose por fingir que buscaba algo importante, algo así como un escarabajo de oro, Luis Felipe investigó una de las casas vecinas; luego otra y luego otra: un tipo común y corriente caminaba por Aguasanta buscando una dirección, y no había más; el que pensara de él otra cosa, era un imbécil. Las casas, todas similares, de madera vieja y con la pintura desteñida y trizada por el

sol, no le dijeron nada. Pronto se aburrió. Los autos seguían pasando. Pero no les hizo señas. Las casas le parecieron venidas a menos. ¿Parecería él un venido a menos? Consultó su reloj: las siete de la tarde. El último tren para Santiago salía a las ocho, el pasaje costaba dos mil pesos y le quedaban quinientos en el bolsillo: había emprendido el viaje con poco dinero. Y ese poco lo había gastado. “Para qué preocuparse de la vuelta; alguien tiene que llevarme”, le había dicho a Carolina. “¡Hay que poner un poco de aventura en las cosas de la vida diaria!” Si ella no hubiera estado en Viña del Mar, no habría hecho ese viaje, ni mucho menos, con ese poco de aventura... Dos días con Carolina, una noche en casa de tía Amelia que lo sintió llegar pasadas las cuatro de la mañana y prefirió callar, dos días paseando a pie por todas partes y Carolina feliz y él feliz. Mañana, a las ocho y media en la oficina ¡quién lo mandaba trabajar en una oficina! Carolina y él, felices de haber estado juntos. Volvería el próximo *week-end*.

Encaminándose otra vez a la calle —con las manos apoyadas en las caderas, un hormigueo ansioso en el cuerpo y una expresión tímida en el rostro— se puso a esperar otro coche que le pareciera apropiado.

Una camioneta se aproximó veloz. Traía esca-

pe libre y un aspecto alegre. Alegres eran las caras de sus tres ocupantes. Podrían llevarlo en la parte de atrás. Empezó a levantar el brazo. Alegres eran las caras de los ocupantes mientras lo miraban (porque sí, porque, parado a mitad de cuadra, casi en medio de la calle, *tenían* que mirarlo). ¡Alegres! y bajó el brazo y tornó lentamente a esconderse a los árboles, anhelando alcanzarlos rápido, rápido, y que esos tres no lo hubieran visto nunca.

Avergonzado, cabizbajo, reemprendió el ascenso.

Faltaba poco para salir al camino. Con seguridad, ahí su viaje resultaría bien. Necesitaba que resultase bien. El cerebro iba llenándosele más y más de pensamientos como piedras.

Los autos continuaban pasando. Desde uno de ellos, alguien lo saludó. ¿Quién? Alguien. Luis Felipe ignoraba quién. Fue una sonrisa y un adiós con el brazo. Fue un saludo cordial.

El peso de las piedras era grande. Las piernas le temblaron. Dejó, nuevamente de caminar. Desconcertado, vio perderse al auto doblando una curva. ¿Por qué no gritó a ese alguien que se detuviera? ¿Por qué le permitió seguir, tal si él no fuese más allá del lugar en que estaba?

Volvió a enjugarse la frente con la manga de su chaqueta a cuadros. Las piedras se desparrama-

ron por su cerebro, por toda su cabeza, por su cuerpo entero. Las sentía en un derrame incesante, estupefaciente: hasta las yemas de los dedos de las manos, hasta las uñas de los dedos de los pies. Piedras, piedras inmensas, peñascos. Se sentó al borde de la acera. Se levantó. Se fue a sentar en la acera de una calle próxima. Carolina, Carolina. La muchacha se le apareció como el símbolo de su propia estupidez. Las casas venidas a menos, como el símbolo de la estupidez humana.

Mil quinientos pesos... mil quinientos pesos... ¡Cómo esa vieja gorda del jardín, ahí, al frente, no le iba a prestar mil quinientos pesos! Aún tenía tiempo de regresar a la estación y alcanzar el tren. La brisa le agitó el cabello y se lo rascó: la caspa le picaba otra vez... Viña del Mar con los bolsillos planchados y más valía quedarse en Santiago, en su casa, ir al cine, dormir siesta; no más Carolina; no más aventuras ni más Carolina. Pasearon tomados de la mano, se besaron tendidos de noche en la playa, o bailando entre un mar de gente; ella estuvo feliz de verlo. ¿Carolina? ¿Para qué seguir? Una carta y punto final, no había para qué seguir. Explotaba el cariño de su tía, el tedio de los viajeros en auto, la paciencia de Carolina que, de un momento a otro, se iba a terminar. Y se daban cuenta. El tío ese de Carolina se comprometió a llevarlo a Santiago y, a úl-

timo minuto, postergó su viaje para el día siguiente, sin duda por no llevarlo a él, para que aprendiera a ser aprovechador... y hacía el ridículo y tomaba fama de aprovechador y ya no era un niño... Regresar al plano... ¡Qué tontería, seguir! Regresar y llamar por teléfono a cualquier parte y pedir mil quinientos pesos y viajar en tren, aún tenía tiempo, y no más Carolina, no más muchacha lesa, no más ir a Viña a dárselas de aventurero. Los autos continuaban pasando, los veía continuar pasando, y desde uno lo miró una mujer y se rió de él, allí lejos, sentado en la vereda con un chaleco celeste y zapatos de gamuza. Se levantó y púsose a caminar; púsose a caminar cerro abajo.

Los autos seguían y seguían subiendo y en todos, gente como él, vestida como él, lo miraba y lo observaba. Y a Luis Felipe se le hundían las miradas en la espalda. Era horrible. Y ahí viene un auto y es gris, como los dos días en Viña, y trae un abollón, como su intento de volver a Santiago, y es viejo, como su espíritu desesperado.

El auto avanza y se acerca y lo maneja un hombre gordo y carnoso en mangas de camisa.

Luis Felipe se precipita a la calle y sacude febrilmente el brazo con la mano empuñada y el pulgar extendido. El hombre lo mira y le hace un gesto con la mano.

El muchacho se convierte en una llama. Se

siente arder. Un rojo caliente lo agobia, le hace cosquillas, le sube y le baja por el cuerpo entero. Es una sensación vergonzosa. Blasfema; contra Carolina. Una de las ruedas delanteras del auto pisa una piedra y la dispara. Luis Felipe la ve lanzada en su contra, la ve derramando un charco de sangre en su cara, y salta hacia un lado. Un movimiento torpe, un zapato se enreda en la canilla de la pierna contraria, y Luis Felipe se ve de costado. La piedra da en un árbol, a más de dos metros de distancia y cae con un ruido burlón al suelo. Se golpea en el codo. Odia a Carolina. Se odia a sí mismo. Le duele el codo. Carolina es una estúpida. Los peñascos se han hecho uno. Se han transformado en un peñasco que no le cabe dentro, de proporciones gigantescas. Tres coches trepan juntos, Luis Felipe se yergue de un brinco, y va a correr en busca de los árboles, pero... ya no hay para qué, ya cualquier cosa da lo mismo. Los coches van pasando y él no ve si lo miran, ni le importa. Vuelve al sitio de la caída, recoge su chaleco celeste y... ya no hay Carolina, no hay trabajo mañana por la mañana, no hay Luis Felipe, no hay nada. Sólo un peñasco espantoso que lo arrastra a caminar cerro abajo.

El cielo está volviendo a cubrirse, caen sombras sobre el mar.

Falta poco para el final de Aguasanta, ahí

está la línea del tren, la gente camina, ya ha llegado. . .

Alguien lo llama por su nombre. Luis Felipe sigue bajando. Alguien lo vuelve a llamar por su nombre. ¿Desde dónde? Mira hacia las casas, mira hacia atrás, se detiene, y, de súbito, escucha un motor que rumorea tranquilo, y escucha que ese motor antes zumbaba potente, y comprende que la voz ha salido de un coche que ha parado ahí, junto a él, al costado de la acera. La voz viene de una boca, de un rostro, de una cabeza, de un hombre. Y le pregunta dónde va, y él reconoce a quién le habla y le responde que va a Santiago, y el hombre le dice que suba al auto, y Luis Felipe no entiende y luego entiende, y es algo extraño, pero el peñasco va disminuyendo, achicándose, volviendo a caber en su cuerpo, y va convirtiéndose en varios peñascos, en varias piedras, en piedrecillas, insignificantes.

MAR, AMORES Y UN GRAMATICO

ASOMADO A LA SALA DI SOGIORNO, lleno de satisfacción y de curiosidad, el profesor Arancibia sonreía. Era de noche y una pequeña orquesta tocaba un vals vienés. “Agradable musiquilla”, se dijo; “ignoraba que hubiera música en los barcos.” Los pasajeros, sentados a las mesas, jugaban a las cartas, bebían y fumaban, conversando como en sordina.

Cuando preguntó, al subir en Antofagasta —pues quiso averiguarlo todo (o, casi todo) — le informaron que hallaría muchos latinoamericanos a bordo. “El barco viene de Europa, como usted sabe. Y los *gringos* viajan en avión; así lo recorren todo en tiempo *record*.”

¡Qué palabra...! Sin embargo, fue exacta. La mayor parte de los pasajeros mostraba aspecto latino y hablaba español: chilenos volviendo de Europa o sudamericanos yendo a Chile. “Buen

campo para estudiar las formas del castellano en América, para estudiarlas empíricamente. . . .”

Pero sus clases en Santiago se iniciarían pronto y, si no aprovechaba estos cuatro días a bordo, no podría concluir, con la calma necesaria, su artículo para la *Hispanic Review*. En fin, ya vería modo de cumplir con una y otra cosa; con algunas lecturas, además. No tenía, sin embargo, las ideas claras, y no se resolvió, a permanecer en la *Sala di Soggiorno*. Sentía, desde el momento mismo en que subió al barco, un perturbador anhelo en el fondo de sí; de algo vago y distinto a su experiencia, de eso peligroso e inseguro que parecía reservarle este nuevo y distinto mundo. . . . ¿era la vida, acaso?

Antes de preparar sus papeles para el trabajo, dio un paseo por la cubierta. ¿Qué pensarían de él?

—Te voy ganando, Diego, te voy a ganar.

El otro niño dejó el cubilete en la mesa.

—No juego más, eres un tramposo.

Cato no estaba haciendo trampas, pero Diego, siempre que perdía, sospechaba; era imposible disuadirlo: habría que buscar un nuevo pasatiempo. Recordó, entonces, al profesor.

—Oye —dijo— ¿viste a ese gallo que se paró en la puerta?

—¿Cuál?

—Ese chico con cara de mono que se asomó y se fue.

—¿Cuál? —preguntó Diego, levantándose esta vez.

—¡Ven, antes que se vaya, ven!

Riendo, los dos niños salieron de la sala.

Verónica iba en la proa y miraba saltar la espuma. Inclínada sobre la barandilla de madera, la sentía dura algo más abajo de los pechos. El viento frío la despeinaba, y su manta le parecía una sábana mojada. Le gustaba venir a proa envuelta en su manta, le gustaba ir por todas partes con su manta a grandes cuadros blancos y negros.

La proa subía sobre el agua, llegaba a un límite y, como si el cielo la empujara, caía de nuevo. Como si fuera en un columpio inmenso, Verónica sentía cosquillas en el vientre.

Unas voces delgadas, a su espalda, se perdieron en el ruido del mar. Después, quedaron un momento en el aire. La muchacha se volvió.

Eran sus amigos.

Los pantalones blancos de Cato corrían en la oscuridad. Diego lo seguía.

—¡Verónica, ven!

—¡Ven, Verónica, ven a ver un mono! —gritó

Diego desde atrás, —¡un gallo con cara de mono que vio Cato!

—¡Por qué no me dejaste a mí! —exclamó Cato—, ¡yo lo vi primero! —Y, sin detenerse, le lanzó una zancadilla. Haciéndole el quite, Diego siguió corriendo hasta Verónica.

—Chiquillo leso —dijo ella, y lo recibió en sus brazos—. ¿Qué fue lo que vio?

—¿Por qué estabas ahí sola? —interrumpió Cato, con tono intencionado en la voz.

—Intruso —respondió Verónica.

—¿Estás triste porque no te ha llegado carta?

—No, no estoy triste y cállate.

—No está triste, Juan la quiere —intervino Diego—. No tanto como yo, eso sí —continuó, abrazándola por la cintura.

Cato vio su oportunidad.

—No seas tonto, Juan la quiere mucho más que tú; y mucho más que yo —afirmó, fingiendo que miraba al mar.

—Déjense de tonterías. Vamos. —La muchacha los tomó por la cintura y caminaron de vuelta.

Los niños se estudiaban desconfiados. Verónica iba en silencio.

—¿Por qué no te ríes? —le preguntó Diego.

—Por Dios, hija, vienes pálida.

Era su madre, en la *Sala di Soggiorno*.

La orquesta tocaba un nuevo vals vienés. Seguía el juego de las cartas. Unos jóvenes, conversando junto al pequeño bar, fijaron la vista en Verónica.

—Viene toda envuelta, parece humita —habló uno.

—Ríete —habló otro—. Todo porque no cayó...

—¿Y contigo?

—Tampoco, pero cálmate ¿o te crees Beau Brummel?

—Es que afuera hacía frío, mamá. —“Como piedra falsa” —la muchacha contemplaba las decoraciones de la sala—, “tanta cosa retorcida... Y, sin embargo, es bello”, pensaba.

—Verónica, no salga más de noche allá, al viento, va a terminar cogiendo una pulmonía. No tiene para qué salir. Díle tú, Eduardo, que no salga.

El marido estaba concentrado en su baraja. Los padres de Cato y Diego lo ponían en apuros. —Déjala, mujer, si le gusta. Y sale abrigada.

—Verónica, ven, allá va, ven. —Y, tomándola de un brazo, los niños —amigos, ahora— la arrastraron fuera de la sala.

—Estoy preocupada por Verónica, Eduardo. Juan no le ha escrito en esta última parte del viaje.

—Déjala, mujer. ¡Ay, esta bárbara me llevó el pozo! Me distrajiste y le jugué el nueve. ¡Por favor no me converses más!

—Eduardo, por favor...

2

Eran las doce y media del día y Arancibia trabajaba desde las ocho: tenía su artículo ya esbozado. Entró, satisfecho, al comedor y se detuvo un instante en la puerta.

La noche pasada, poco antes de concluir la cena, había notado lo anacrónico de su vestimenta: las mujeres llevaban trajes con escotes y los hombres, trajes de color oscuro; él llevaba todavía su mal cortado terno claro.

Quizá por eso aquellos niños rieron haciéndole morisquetas.

Ahora, preparado, había vestido su traje azul.

Caminó hasta su mesa. Los niños lo señalaron al punto.

“Nuevo anacronismo”, pensó, con desesperación. Y descubrió que nadie se había cambiado de ropa. Todos vestían como para un día de playa.

—Debía ser mozo y no pasajero —observó Diego.

—¿Estás loco? —exclamó Cato—. ¿No has visto a los mozos? ¡Debía ir en tercera!

—No sean crueles —dijo Verónica. Pero la movían a reír.

Luis Arancibia, desde su mesa, advirtió que una muchacha parecía reprender a los niños. Recordó haberla visto la noche antes, junto a esos mismos niños. La miró un momento, ¡qué bella era!, y bajó la vista. Tuvo la impresión extraña de que sus sentimientos se transmitían por altavoces en el barco entero.

Lo sobresaltó la voz de su vecino.

—Señor, he sabido que usted es profesor universitario.

—Sí, señor, así es —respondió Arancibia.

“Catedrático de Gramática —agregó, con súbito orgullo.

—¿Española?

—Bueno, en cierto sentido, sí. Usted comprenderá, la gramática es, en líneas generales, la teoría del lenguaje. Pero tal concepto, general, admite una infinidad de enfoques. No siendo el mío propiamente el modo español de la realización lingüística, sino, más bien, la estructura...

Cerca de la ruta seguida por el barco, se levantaba el perfil del continente. La multiplicidad de los colores de la tierra teñía los cerros de vio-

lencia. Verónica, sentada en una silla de lona, los miró. Grietas enormes partían los tonos entre cobres, ocres, verdes, negros. Verónica volvió los ojos a la revista que tenía en la falda, largo tiempo abierta en la misma página. Pensaba en la llegada. Luego se levantó para ir en busca de los niños.

—Buenas tardes —saludó al profesor Arancibia que salía, en ese momento, a cubierta.

—Buenas. . . buenas tardes —se atragantó este último—. Buenas tardes —sacó, por fin, con cierta naturalidad.

Sólo quedaba gente joven en la *Sala di Soggiorno*. Y también los niños, quienes, por ser la noche "casi última" del viaje, obtuvieron permiso de sus padres para acostarse más tarde. En lugar de la orquesta, se oía discos de Frank Sinatra y la gente bailaba.

Las mujeres eran cortejadas ya sin discriminación alguna. Durante sus primeros días a bordo, los hombres acudieron sólo a las más atrayentes; a medida que el viaje avanzaba, los postergados fueron relajando su espíritu selectivo. Y esta noche, todas eran reinas.

Verónica jugaba a las cartas con Diego, Cato y con el profesor Arancibia. Le habían enseñado canasta.

Luis estuvo trabajando con furor la tarde en-

tera. Su explicación a la hora del almuerzo acabó mal. Sus vecinos de mesa habían ido, poco a poco, desapareciendo, luego de haber, inútilmente, tratado de vencer el sueño. Uno que parecía tímido —inteligente, según creyó al principio— fue quedando rezagado. Quiso introducirlo al concepto de semantema, fundamental y bastante difícil. Pero el señor no lo dejó ir muy lejos.

—Dígame, profesor —interrumpió—, explíqueme usted la razón de que gente capaz y trabajadora y culta, como son ustedes; gente con las mejores condiciones para el éxito, se dedique a una profesión tan mal pagada como es la pedagogía.

Después de eso, lleno de escándalo por el materialismo de la época, Luis fue a encerrarse al camarote; ordenó sus fichas y, vitaminado por la incompreensión del mundo, hizo medio artículo.

Realmente no calculó que avanzaría tanto.

...“que niño es este profesor”, pensaba Verónica. “Qué hombre más niño, y qué mundo curioso me descubre...”

—Juega, Verónica.

—Ya, ya.

“...toda la tarde hablándome del curso que dictó en Antofagasta, de su disciplina, de sus papeles, de sus métodos, de cómo debe enseñarse la...” —Sigamos, no peleen; roba, Cato.

“...cómo debe enseñarse la gramática y qué hará con los ayudantes de la cátedra, la gramática y la universidad ¡qué mundo tan aburrido! Es curioso... , ¡qué hombre tan feo!”

—Ya pues, Verónica, nadie pelea, te estamos esperando.

—¿...me toca de nuevo?

—Ah, no. Yo no juego más contigo. Ven, Diego, con la Verónica no se puede jugar, vámonos. —Y lanzando sus cartas a la mesa, Cato se levantó.

—Te voy a acusar, tú sabes a quién; has pasado toda la tarde sola con este.

—Sí —dijo Diego—, vas a ver —y lo siguió.

—¡Váyanse! —exclamó Verónica—. ¡Váyanse de una vez!

—Se cree porque ese es más grande —iban rabiando, solidarios en su desgracia.

—Qué niños tan mal educados.

—Son niños, Luis, son niños, usted no entiende.

El profesor no insistió. Paseaba la vista por las cartas revueltas en el paño verde, queriendo no pensar en nada. Reyes, reinas, absurdos como gárgolas, ases, nueves, negros, rojos ¡qué insensatez! Jugar a las cartas... Calladamente fue recojiéndolas para ordenarlas.

Las parejas bailaban entre las mesas, riendo y conversando. Algunas, como adormecidas, lo hacían fuera de ritmo y buscaban las esquinas; otras buscaban el centro de la sala para saltar sin trabas. La melodía, monótona y contagiosa, impregnaba el ambiente de una ansiedad extraña.

Verónica miraba con nostalgia, con aburrimiento, quizá; parecía estar a leguas de distancia. De improviso volvió, atravesándolas de un salto terrible:

—¿Bailamos, Luis?

El mazo de cartas resbaló de manos del profesor. Reyes, reinas, en la mesa de nuevo, le sacaban la lengua.

—¿Bailar?

—Sí, ¿no sabe?

—No. No, por favor. Ni lo diga, Verónica.

—Venga... yo le enseño.

La petición sonó tan dulce...

El profesor topeaba a las demás parejas y pisó a Verónica tres o cuatro veces. Pedía disculpas; pensaba que jamás debió reír de la gente aficionada a bailar.

Verónica se cansó pronto.

—Es mejor que me vaya, Luis; mamá se va a preocupar.

Fue el momento para salir de dudas.

—¿Era a ella a quien los niños la iban a, a... *acusar*...?

—... Sí; a ella... Es mejor que me vaya. Veámonos mañana ¿quiere? —y, apresurada, le tendió la mano.

3

Entrada la mañana, Luis Arancibia, en cama, cavilaba en su disciplina rota, en un mundo disgregándose, en la vida convirtiéndose en caos. Después de todo, recapacitaba, el asunto no tenía tal gravedad: la rapidez con que trabajó el día antes suplía la pérdida de hoy. Ordenó sus notas, al fin, y, a medio vestir, comenzó a redactar. Al poco rato se distrajo; se sorprendió dibujando un gato en el margen del papel. El gato le sacaba la lengua. Quiso reaccionar pero se sentía demasiado alegre y, terminando de vestirse, salió a cubierta. La mañana brillaba sobre el mar y un azul intenso enfriaba el aire. Cato y Diego jugaban *deck-tennis*. El profesor adivinó la intención, evidente en sus rostros, de lanzarle los tejos a las canillas. Y apuró el paso. Unos marineros sacaban lustre a las barandas de bronce, otros pintaban de blanco los tabiques. Desde An-

tofagasta los venía viendo en tal operación. Verónica, desde Génova.

Verónica no estaba en cubierta.

Recorrió gran parte del barco buscándola, No estaba. Pasó junto a la piscina y deseó bañarse. Mas —adquirida en esos días— lo mortificaba una nueva conciencia de la fealdad de su cuerpo: habría sentido vergüenza ante los demás bañistas. Siguió su camino —tan avergonzado como si fuera, realmente, exhibiendo sus carnes en calzoncillos verdes— y se refugió en su camarote.

La sola vista de las fichas en la mesa, las carillas blancas y los libros en la valija abierta (no sacó sus libros de la valija, para tener una mayor probabilidad de salvarlos si el barco, de improviso, comenzaba a hundirse), le produjo una vergüenza de otra especie, ya no de su cuerpo; de sus actitudes, más bien, de su vida. Salió de nuevo a cubierta.

Caminando por el puente de botes, Verónica iba hacia el gaviete. Algo en su aspecto presuroso le impidió seguirla de inmediato, lo detuvo un instante, apenas *un* instante.

Verónica, inmóvil y reclinada contra la borda, miraba la proa. El viento hacía flamear las puntas de su manta y Luis la contempló en silencio. Luego, aprovechando un momento en que

ella alzó la cabeza, en que sus pensamientos parecieron dejarla, Luis le dirigió la palabra.

—Vine a hacerle compañía —declaró, involuntariamente solemne, alargando en tal forma las palabras que Verónica no pudo ocultar su fastidio.

—¿Por qué se demora tanto en decir una cosa tan corta?

—Perdone —dijo el profesor con humildad.

—¡No me pida perdón, no ha hecho nada malo! —exclamó ella.

—“Mire la espuma como estalla; de noche es luminosa —agregó inesperadamente.

—Ah, sí. —Arancibia se inclinó a mirar—. Maravilloso.

—“¿Vengamos esta noche?

Verónica le estudió el rostro.

—¿A qué?

—No, no importa, no vengamos—. De inmediato, como para disculpar su paso en falso, continuó, precipitado—: Usted me pidió anoche que nos viéramos hoy por la mañana; la busco desde hace rato.

La muchacha guardó silencio. Quiso hablar, pero volvió a mirar la espuma. Por fin, hablando hacia cualquier parte, explicó: —Me levanté recién; me olvidé completamente.

—¿No le importo nada? —preguntó Aranci-

bia, con un valor que brotaba de su mismo miedo.

Verónica no respondió. Poco después, le sugería que regresaran.

Diego y Cato, encaramados en un bote, los contemplaban acercarse. Cuando pasaron bajo el bote, Cato asomó la cabeza y gritó:

—¡Te vamos a acusar, Verónica; te voy a acusar a Juan! ¡Te picaste porque no te ha escrito!

—Cállate, tonto. . . —alcanzó a susurrar Diego.

Verónica se ruborizó. Una visible expresión de inquietud, de tristeza, la hizo bajar el rostro.

—¿Quién es Juan? —inquirió Arancibia.

—¡Qué le importa a usted! —estalló la muchacha, alejándose.

El profesor escuchó unos golpes leves en su puerta; leves, suaves, pero decididos, algo atropellados. No los daba, sin duda, alguno de los mozos. Quizá, alguna camarera. Tenían, sin embargo, un carácter especial: parecían infantiles. . . ¿uno de los niños? ¡Qué absurdo!

Imaginó, sorprendentemente, las caras de Cato y Diego riendo a carcajadas, y se vio empapado, de pies a cabeza, por el chorro líquido de uno de los extinguidores del pasillo. Experimentó, a pesar de todo, un inmenso alivio al levantarse para abrir: la desconocida visita, *obligándolo* a dejar su trabajo, le evitaba la humillación de dejarlo

por su propia iniciativa. Había sido incapaz de aprovechar la tarde: dos horas inmóvil frente a sus papeles, pensando en Verónica.

—¡Verónica! —exclamó espantado.

La muchacha, con los ojos muy abiertos, demasiado abiertos, y, no obstante, opacos, lo miraba.

—Venía a... perdóneme, sabe, perdóneme por lo de esta mañana.

El profesor sintió que una sonrisa inmensa, incontenible, afloraba a su rostro.

—Verónica... —repitió.

La muchacha también sonrió. Pero, de algún modo, su sonrisa fue distinta.

Arancibia no quiso advertirlo; prefirió, disfrutando el silencio consecuente, no advertir cosa alguna. De pronto, temió que alguien viniera por el pasillo.

—Verónica... —insinuó—, ¿vamos a la proa? ¿A mirar la espuma? —añadió, luego de pesar rápidamente la poesía de la frase.

Ella no replicó.

—¿No quiere?

—Es que los niños...

—Es que el cuarto de un hombre no es...

—¿Se ha olvidado de los niños? —insistió Verónica, y entró resueltamente en el camarote, paseando la vista por su estrecho espacio. La detuvo un momento en la valija abierta y después en

la mesa de trabajo. El profesor recordó al gato en el margen de una de las hojas y, apresurado, fue hasta la mesa para ocultarlo. Habría querido, además, que Verónica no viera esa valija llena de esos libros.

—¿Y este gato? —inquirió ella.

Arancibia no alcanzó a contestar. Una camarera pasaba frente a la puerta, mirándolos con una indescifrable expresión —, que probablemente, no significaba nada, pero que a él se le antojó llena de malicia. Una racha de viento, penetrando por el ojo de buey, sacudió las cortinas y movió la puerta, haciéndola golpear ligeramente contra el tabique.

—¿Por qué no la cierra?

El profesor, con una turbadora mezcla de esperanza y desconcierto, fue a cerrarla. Cuando regresó, Verónica se había sentado en la litera.

Se estremeció. Era la primera vez que veía a una mujer en su propia cama. Jamás pensó que la llegaría a ver, y menos a una tan hermosa. ¿Por qué hacía esto ella? “¿Se quiere burlar? Todos se han burlado de mí en este barco.”

—¿Se quiere burlar de mí? —preguntó.

—¿Por qué tiene miedo? —dijo ella— ¿como si creyera que todos lo desprecian...? yo no tengo tanto miedo.

“Y me han despreciado más que a usted... —agregó, con cierto patetismo.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Luis.

—Quizá no lo parezca —respondió Verónica, lentamente.

De súbito, Luis comprendió que ella lo necesitaba. De nuevo quiso saber quién era ese Juan; pero no; la manera de ayudar no sería esa.

—¿Puedo...? —Tampoco. —¿Qué le pasa, Verónica?

—Me gustaría contarle... son cosas... bueno: ¡qué importa, después de todo!

—Tiene que importarle, Verónica: *son* cosas importantes; no es fácil decirlas. —Se halló ingenuo. Si venía a él, era, evidentemente, porque las encontraba importantes.

—¡Dígame, cuénteme, yo haré lo que pueda!

Estaba casi junto a la litera. Lo invadió la tentación de sentarse y acariciar a la muchacha.

—Siéntese. Siéntese aquí. Lo que pasa es que usted es demasiado bueno, Luis.

El profesor, sentándose, hundió el rostro en sus manos. Podría dejar caer un poco la cabeza hacia un costado y apoyarla en el hombro de la muchacha. Pero le faltó valor. Giró el rostro y palideció, sintiendo las ideas violentamente revueltas. Ella se había puesto repentinamente tensa, como a punto de saltar de la litera y escapar del

camarote. Fue como el último momento de su vida. O lo hacía de una vez por todas o no lo haría nunca.

—Yo la quiero —soltó, ya sin poderse contener—. La quiero.

Verónica siguió tensa. Pero no se movió, como si hubiera determinado llegar, aunque le repugnara, hasta cualquier parte, hasta donde Luis Arancibia quisiera llevarla.

—La quiero —repitió Luis, y cogiéndola torpemente por la espalda, la besó.

Verónica se dejó hacer. Fue el beso más ridículo que hasta entonces le habían dado. La imagen de Luis Arancibia acudió, completa, a sus ojos cerrados —con su aspecto de mono, de pasajero de tercera, como decían los niños.

—¡Veró-nica! ¡Veró-nica! ¡Veró-nica! —Un golpeteo horrendo de pequeños puños en la puerta del cuarto, acompañó al sonsonete de las voces.

—¡Idiota! —exclamó Verónica, zafándose con brusquedad de Arancibia—. ¡Le tengo asco!

La respiración del profesor le llegó a la cara, húmeda, tibia, agitada. Este quiso cogerla de las manos pero, llorando, histérica, Verónica le cruzó la mejilla con su palma abierta y corrió hacia afuera.

La puerta volvió a golpear ligeramente el tabique blanco. Luis Arancibia alzó la vista. Cato y

Diego, el primero con una chueca para el *deck-tennis* en la mano, el segundo con un par de tejos, despeinados, respirando a saltos, lo miraban asombrados desde el pasillo.

—¿Por qué la encerraste? —preguntó Cato—. ¿No sabes que le llegó un cable de Juan?

—Se lo acabamos de entregar —agregó Diego—. La va a estar esperando mañana, ¿ves cómo la quiere? ¡No sacaste nada!

—¡Te vamos a acusar! —dijo Cato, de improviso—. ¡Por roto!

—¡Váyanse! —gritó Arancibia—. ¡Váyanse de una vez! —Y se precipitó contra la puerta. Los niños huyeron. El profesor la cerró, cargando todo el peso de su cuerpo —y de su alma— en ella. Al rato miró su valija abierta y sus papeles blancos. Lo invadió la sensación confusa de haber ido tras lo increíble y lo superfluo, de haber caído en la parte más torpe, más exuberante y negativa de su ser. La gramática, y no la vida, era su único camino.

¿Cómo pudo ocurrirle todo esto?

“PIJECITO”

E STA MAÑANA, a eso de las seis, salieron de aquí.

—¿Y no iban a salir antes?

—Sí, pero el camión amaneció malo; se atrasaron.

Los viejos conversaban en la plaza. Era el mediodía.

—¿Llegarán a tiempo a la feria?

—Apurados iban... ¡llegan de más!

Algunas muchachas del liceo paseaban bajo los tilos; algunos muchachos les hacían la corte. Dos chiquillos reían, llenando de piedras la boca de un cañón; histórico cañón usado contra los araucanos en los tiempos heroicos del pasado, orgullo del pueblo de Mulchén.

—¿Cuántos corderos llevaron?

—Cien, decían...

—¿Buenos?

—Gorditos.

—Irían felices...

—¡Felices, compadre, felices! Gritando que volverían ricos de Concepción.

Los viejos alcanzaron hasta un banco. Uno hizo venir al lustrabotas.

El otro, el más anciano, sentándose, habló —como obligado por un presentimiento.

—No les vaya a pasar algo a estos niños...

2

—“*Al destapar la tumba
del rey Tutancamón...*”

—Ya, pues, no desafines tanto

—“*...hallaron sin... ropa
al pobre faraón...*”

—Hombre, que estás correcto, ¡“hallaron sin ropa”! ¿No será mejor...?

—Epa, epa —lo detuvo Hernán—, no sea grosero, mi amigo, más cultura; acuérdense de que debemos aprender a ser caballeros, ¡porque mañana vamos a ser ricos!

—...Si parece mentira.

Y Hernán y Mario cantaban, a voz en cuello.

Luego se abrazaban. El camión caía en los hoyos y Mario vociferaba.

Era el camión de "Coche de Guagua". Mal-trecho y anticuado, no ofrecía garantías de nin-guna especie.

—El "Perico" vuelve la próxima semana —ha-bía dicho Mario entonces,— el "Niño" está en Santiago; no hay otro camión.

—¿Y si nos quedamos tirados? Mañana es vier-nes. . .

—Y eso, qué.

—Nos puede pillar el domingo en el camino.

—Son seis horas de viaje y no tres días. La venta *tiene* que ser mañana; el sábado ya el pre-cio habrá bajado; fijate bien, mañana viernes en la tarde; ¿o quieres que sigamos a medio morir saltando, igual que ahora?

El precio de la carne había subido inespera-damente y era forzoso actuar rápido, antes que se difundiera la noticia.

—¿Qué hacemos?

—Lo arrendamos —concluyó Mario.

Pasaron la noche armando los tablados para lle-var los corderos; a las cuatro de la madrugada tu-vieron todo listo y el camión cargado: querían lle-gar a Concepción a las doce y vender los cien cor-deros esa misma tarde. Pero el camión no partió.

—Diablos —dijo Mario—. La batería.

—El distribuidor, creo yo —dijo Hernán—, las luces encienden bien.

—Cierto —dijo Mario—. Veamos.

Lo revisaron.

—Oye, ¿esta porquería no tiene nada!

—Veamos el motor de partida —dijo Hernán—. Sujétame la luz.

Y, sacándose la manta, se puso a desarmar la pieza.

“Todavía no hemos ni pagado el arriendo y ya se empacó el infeliz.”

La falla tampoco era ahí.

Dos horas después, dieron con un cable que hacía cortocircuito.

El camión iba en línea recta hacia una piedra.

—¡Guarda, hazle el quite! —exclamó Hernán, sacudiendo a Mario.

—¡Qué bestia, me dormí! —Mario corrigió la marcha.

“Cantemos mejor.”

—Y maneja más despacio.

—Sí.

—*“Yo tenía un compañero,
Otro igual no encontraré...”*

El sol, levantando vapores de los pastos, seca la tierra húmeda. El camino avanzaba con can-

sancio, trabajosamente, reblandecido por las lluvias, roto por los charcos de agua barrosa. Y el camión lo recorría murmurando, crujiendo, brincando.

Mario y Hernán ya no cantan.

Piensan.

Mario es hijo de un funcionario del Banco del Estado. Su padre trabajó en Valparaíso, en Osorno, en Chillán —ahí nació Mario, veintidós años atrás—, trabajó, en seguida, en San Fernando, y, por último, desde hace diez años, trabaja en Mulchén. Mario no quiere ser, como su padre, propiedad de una institución, llevado y traído, de allá para acá y de acá para allá. Quiere independizarse. Y establecerse en un lugar definido. En cualquier lugar: quiere establecerse. Enraizarse. Por el momento es mediero, nada más, en algunas cuadras de trigo. Aunque poco, lo que obtenga en la cosecha, pagará los corderos; la venta de los corderos, la semilla de las cosechas y el arriendo de cien cuadras por seis años: alcanzará, al justo, a pagar el pie. Seis años. . . en seis años el mundo será suyo. . . cien cuadras por seis años. . . trigo, avena, cebada, ovejas; podrá irse al norte, después, al riego: el trigo rendirá más y pondrá remolacha; otros seis años y comprará tierras. . . aquí, en cualquier parte, suyas, propias. "Trabajo, trabajo, no duermo,

no como . . . mujeres, trabajo . . . animal, más tierra, potreros, jugosos . . . verdecitos . . .”

Hernán lo observaba. Mario cabeceó.

“ . . . verdecitos, como un caramelo . . . el viejo tiene cara de esclavo . . . un tango . . .”

Cabeceó de nuevo.

“ . . . verde, y me la monté”

—Despierta, ¡bestial!

Mario cargó el pie sobre el pedal; el camión se estremeció y, como encogiéndose, paró en seco. Un ruido apagado, como una metralla de terrones, se vino contra el respaldo de la cabina y, en seguida, un crujido de tablas.

—¡Los corderos . . .!

—¡Los . . .!

Bajaron.

Dos metros delante del motor se levantaba amenazante, sudando cercanía, el corte de una loma.

—¡Hernán, casi . . .!

—¡Casi!

Se miraron un momento, examinándose, midiéndose.

Mario es un muchacho robusto, moreno, de rostro ancho y labios gruesos, corto de estatura. Su mirada es inquieta: la ha clavado en Hernán, como preguntándole —cual si pudiera obtener respues-

ta— por qué les ha pasado esto, por qué han estado al borde de perderlo todo.

Hernán es alto, angosto, pálido. Una cierta indolencia y un aire de fragilidad en sus movimientos, lo hacen ser, casi, elegante. Su mirada es vagabunda, persigue ilusiones; ahora, sin embargo, se ha fijado en Mario y le increpa que se haya dormido. Por otra parte, en el fondo de sí, está contento. Y por eso calla: Mario es el hombre de acción y ha fallado. Él, en cambio, ha preferido siempre imaginar, pensar, observar. Y cuando se trata de actuar, nunca falta una nueva observación, un nuevo pensamiento, una nueva imagen que se lo impida y lo inmovilice. Todos se lo reprobaban; él mismo se lo reprueba: así no llegará a ninguna parte. Mario se le ha convertido, entonces, en el envidiado y admirado símbolo de lo que él no es y debiera ser. Porque debería serlo: su conciencia se lo dice; a veces, se lo grita.

El hombre de acción falló: se quedó dormido. Y, más todavía, le suplicó al mirarlo —cándido, sin darse cuenta— que diera una respuesta al porqué de esas cosas. Hernán estaba satisfecho.

—¡Qué suerte, hombre, qué suerte, vienen sanitos! —exclamaba Mario. Se había encaramado al camión y examinaba los corderos—. El sacudón ni los movió.

—¿Viste los de abajo?

—No —dijo Mario. Voy. —Y se dejó caer de un salto al camino.

Los corderos, distribuidos en diez compartimentos y en dos tablados, uno inferior y otro superior, recién esquilados, blancos como habían salido, se veían, ahora, verdes de excremento.

—Las sogas parecen firmes —decía Mario—. No se quebró ninguna tabla.

—Revisa bien, mira que el crujido, ese. . .

—Ayuda, habla menos y ayuda.

Hernán venció una pequeña resistencia y ayudó.

Picaneando a los corderos con una quila, Mario los hacía pasar junto a las barandas. Balandando desesperados, los corderos se revolvían en sus pies menudos y asomaban el hocico negro entre las tablas, jadeando, como jurando que se vengarían.

Cuando Hernán y Mario se dieron por satisfechos, el primero dijo:

—Oye. . .

—¿Crees que alcanzamos a venderlos hoy?

Mario quedó pensando.

—Ya hemos perdido bastante tiempo. . .

—Sí. . . —dijo Mario.

—¿Por qué no dormimos un poco? Si te duermes otra vez. . .

—¡Por qué no aprendes a manejar!

—Pierde cuidado: ¡volviendo a Mulchén aprendo!

—¡Harto nos sirve ahora!

—Aunque supiera, hombre, aunque supiera; me dormiría igual, ¡hemos pasado la noche en vela! —exclamó Hernán.

—¿Y si llueve mientras estamos parados? ¡Se resfrían y se mueren!

—¿Y si nos dormimos y te estrellas?

Se acomodaron lo mejor que pudieron en el pequeño asiento de la cabina. Hernán hacia un lado y Mario hacia el otro. Al poco rato, Mario dormía. Hernán no pudo. Cualquiera sonido en las latas del camión le parecía lluvia. Sentía una y otra gota de agua, una y otra, un diluvio, todos los corderos muertos. “Total”, se consolaba, “lo mismo da que nos llueva andando o que nos llueva parados.” Luego seguía: “A la velocidad que vamos, tenemos seis horas, hasta Concepción, ¡en seis íbamos a estar allá! Son las ocho, podría llover el día entero: el tiempo que durmamos, el resto del viaje.” Y volvía de nuevo a consolarse: “En noviembre nunca llueve tanto, es imposible.” Poco después, los zapatos de Mario, bajo su cabeza, le empezaron a incomodar. Los tacones altos le dolían en la mejilla. Además, hedían a bosta. Los suyos, en cambio, no incomodaban a Mario en absoluto: seguía durmiendo sobre ellos. “¿Y si llueve? ¡No haber traído una

lona para taparlos!" Tuvo que levantarse —con cuidado, para no despertar al compañero— y salir de la cabina.

El cielo mostraba una gama de tonos negruzcos, sombríos, imprecisos como una acuarela. Podía llover en el momento menos pensado. Hernán paseó inquieto durante una hora, cual si temiera algo más que una lluvia. "Mañana al mediodía se nos acaba la feria", se decía.

Por fin, despertó a Mario.

—Sigamos —le dijo.

Mario se incorporó. Se restregó los ojos: sentía los párpados tirantes. Bostezó.

—¡Me duele hasta el alma!

"Sigamos —dijo luego, encendiendo un cigarrillo.

El motor de partida gimió en banda. Largo rato. Los muchachos se miraban con desesperación. De pronto agarró. La máquina empezó a ronronear, alegre y caprichosa como un burro que se desempaca.

—Hombre —dijo Hernán.

—Hombre —dijo Mario.

Y rieron.

Siguieron.

Cantaban.

—Ya no llueve.

—No, ya no.

Habían andado tres horas.

Las nubes eran más delgadas y el sol las bañaba en un blanco radiante. Abajo, los perfiles del paisaje se recortaban nítidos, como la hoja de una espada.

—Oye . . .

—Qué.

—¿Cierto que te casas?

—¿Yo? —preguntó Hernán—. No . . . ¿quién te dijo?

—Sí, no . . . ¿cómo qué no? ¡me dijeron, pues!

—No, si no es cierto. —Hernán se ruborizó.

—¿Cierto? —preguntó Mario.

—Cierto, si no es cierto.

—Ah —dijo Mario.

Continuó manejando. Había advertido el rubor en el rostro de Hernán. Mentía, no le cupo duda. Pero no quiso insistir. No era la primera vez que Hernán, como si no confiara en él, como mirándolo en menos, le ocultaba cosas. “Tiene la costumbrita de andarse con secretos, de creerse macanudo”, se dijo.

Hernán, es verdad, no ha confiado en él. Sabe que lo contará en el hotel, en el bar y en el Club. Sabe que todos le harán bromas, bromas groseras. Le dirán que se fije bien en las sábanas la primera noche, no vaya a ser que le estén tratando de pasar gato por liebre. Le dirán eso y cosas peores. Siem-

pre le han hecho bromas: no sólo en Mulchén: en todas partes. También se las hacían en Santiago, en el Liceo y en la Universidad. "Quizá porque soy distinto siempre me hacen bromas." Quizá sea por eso: es, en realidad, distinto. ¿Superior? ¿Inferior? Lo ignora. Un poco de cada cosa, en fin de cuentas. Pero es tímido y tiende a creer que los demás, no él, están en la razón: eso lo convierte, fácilmente, en víctima. No quiere exponerse a que le hagan bromas por su matrimonio, no lo va a permitir —lo que deseen, pero no en su matrimonio—. Además —y esto se lo confiesa con agrado— no tiene para qué confiarse a los amigos de Mulchén, no tiene para qué llegar a la intimidad con ellos. No son sus amigos en el sentido estricto de la palabra: son amigos de circunstancias: son de Mulchén. Él es de Santiago y vino a administrar el fundo de su tío: hay que hacerse amigo de la gente: hay que convivir. Eso es todo. Pero marcando muy bien las diferencias, sino el asunto se complica. Por otra parte, no sólo él las marca: también, a pesar de las bromas, lo hacen ellos: son diferencias evidentes.

Hernán concluyó el Liceo y comenzó a estudiar Dentística. Maldito lo que sirve para estarle sacando dientes a la gente. Por empezar, le daba asco. Pero sus padres insistieron: debía tener una profesión honorable y remunerativa. Dentística era la indicada. Como, en el fondo, cualquiera le daba

igual y sólo quería que lo dejaran tranquilo (al menos así lo creyó al principio), aceptó. Al poco tiempo lo mandó todo al diablo. Se dedicó, primero, a vender esas absurdas acciones que nunca nadie se interesa en comprar; en seguida, a llegar al alba a su casa; y, por último, a sepa Dios qué, a vagar por bares y cabarets, a dormir donde amistades sospechosas y desconocidas, a pasar semanas sin dar señales de vida.

La batahola familiar crecía. Los padres, indignados, le quitaron la mesada, y cuando poco faltaba para que Hernán se instituyera como *gigoló*, recurrieron al tío y lo enviaron al sur. El asunto marchó, en un comienzo, a tropezones —por su in-experiencia del campo y porque se negaba a tomar responsabilidades.

Lentamente, sin embargo, el fondo y el aislamiento le fueron revelando un nuevo enfoque de la vida. Comprendió que había andado en malos pasos porque, luego del primero, lo obsesionó la convicción de ser distinto. Hubo en ella un ansia de ofender, violentar y destruir al mundo para afirmarse a sí mismo, además de una peculiar y peligrosa vanidad. Pensó que no servía para otra cosa y, simplemente, se dejó ir.

Aunque no se consideraba nacido para actuar, esta vez emprendió la tarea. Su tío tenía que mantener el ojo muy despierto y viajar a menudo des-

de Santiago: corría el riesgo de encontrarse quizá con qué. Como fuera, Hernán hacía lo que podía. Y mucho más desde que conoció en Valdivia a la muchacha que ahora era, casi, su novia.

—Oye —dijo Mario.

“Va a estar cerrada la feria cuando lleguemos. Hernán no respondió.

—...tenemos tiempo para inscribirnos con calma y limpiarles la bosta a los corderos —dijo después, desanimado—. Impresiona mal, así.

—Da lo mismo, la cuestión es el precio— afirmó Mario.

—No da lo mismo ¿no has visto nunca una feria?

—Si he visto, por eso que te digo.

—Por eso que te digo yo, también.

—Bueno, ya: les limpiamos la bosta —accedió Mario.

“¿Habrán ido a vender hoy? —preguntó después— ¿...de Chillán y de Angol...?”

—Quién sabe, mañana irán.

—Fuimos de los primeros en saber —siguió Mario—. Por tu amigo, ¡la suerte de tener un amigo informado!

Hernán asintió, satisfecho. Era una prueba de sus superioridades: él tenía amigos informados.

El camión avanzaba lentamente, haciendo el quite a los hoyos, a sacudones, a lamentos. Se escu-

chaba, de tarde en tarde, el balido de un cordero.

—¿Irá a estar bueno el precio mañana?

—No tanto como hoy...

Mario volvió a pensar en su padre. Nunca tuvo iniciativa ni valentía. La vida hizo de él lo que quiso. "Eso no pasará conmigo. Cuando compre tierras..."

También Hernán pensaba. Con la plata de los corderos pagaría su parte del arriendo del camión, su parte de la compra... "Guardo la platita, bien guardada, la junto con las ganancias de la cosecha, me voy a Valdivia, le regalo anillo a la Berta (anillo, es cierto, regalar anillo, sino la cosa no resulta bien) y nos casamos en invierno. La casa caliente, tibiecita, los dos solos, tranquilos, ella teje para el niño, porque vamos a tener un niño, va a ser hombre, un hombrecito que me diga papá, se va a llamar como yo, Hernán —Hernán Ramírez Mansilla— ¿qué tal? Será un zafado, un demonio, como yo, y después, el rotito, se va a casar y se va a poner serio, grave, tranquilo, correcto, caballero, como me he puesto y me voy a seguir..."

El camión cayó a un hoyo, crujió la carrocería y, de entre el ruido de latas, surgió, seco, duro, terrible, un crujido grueso de tablas. Lo siguió un coro de pequeños pies enloquecidos, balidos angustiosos, y cuerpos resbalando con pesadez.

Mario detuvo el camión y, sin palabras, los

muchachos descendieron, rápido, de la cabina y corrieron a ver la carga.

Una viga del tablado superior, rasgada, apuntaba al cielo. Las tablas, sin soporte, pendían hacia el piso inferior, y, sobre y bajo ellas, se debatía, lastimosamente, un hacinamiento de corderos. Pronto se aquietaron, balando aún de miedo. Un hilillo de sangre se descolgaba al camino.

Hernán miró a Mario.

—¡Qué, qué pasa conmigo! —respondió este último.

—Nada. Arreglemos esto, mejor.

—Eso sí, pues, eso sí —dijo Mario.

Trabajaron en silencio, teniendo demasiado que decirse, llenos de rencor. Tardaron más de una hora en bajar los corderos de los compartimentos dañados al camino y amarrarlos con un lazo, en reparar las tablas clavándolas y asegurándolas con una soga, en desamarrar y subir de nuevo los corderos. Cinco quedaron sangrando en el camino.

—¿Los vamos a matar? —preguntó Hernán—. Míralos como sangran.

Mario no respondió. Se limitó a actuar. Sacó el revólver de la caja y les disparó en la cabeza.

Hernán, estremecido, lo observaba.

—¡Listos! —dijo Mario al concluir.

Hernán tuvo miedo: ahora debería dar explicaciones.

La voz de Mario, sin embargo, no había revelado el menor encono. Se sentía, secretamente, culpable.

Hernán se tranquilizó.

Se lavaron las manos en un charco de agua y subieron a la cabina. Sin palabras. Pero este nuevo silencio fue de una calidad distinta al anterior, fue solidario, amistoso.

Mario dio el contacto. Presionó el botón. El motor de partida gimió en banda. Largo rato. Los muchachos se miraban desesperados. El motor gemía y gemía. De pronto cesó de gemir.

—Hombre... —dijo Hernán.

—Hombre... —dijo Mario.

Volvieron a intentar!

Bajaron.

—Aquí sí que nos quedamos.

Hernán lo sintió todo perdido. "Esto era", se dijo, "esto era lo que temía".

—No puede ser —dijo Mario.

Revisaron el sistema eléctrico. Entero.

—No toca la bocina, no encienden las luces, ¡no pasa nada!

—Es la batería —dijo Mario—. ¡Esperemos que venga alguien!

—¡Claro! ¡como todos andan llenos de bate-

rías para prestarles a los cretinos que se quedan en pana. . .! —exclamó Hernán con ira. Se sentó en la pisadera. De súbito, gritó:

—¡La manivela, Mario, la manivela, nos salvamos! —y riendo a carcajadas se precipitó a buscarla bajo el asiento de la cabina.

—¡Qué, si no trajimos manivela!

—¡Un fierro, entonces, un fierro, cualquier fierro!

Mario lo vio difícil, pero, pensándolo bien —la manivela de la gata podía ser útil— fue a examinar el radiador.

—Se ha descabezado. . . —dijo con desaliento.

Hernán corrió a comprobar. Cuando hubo visto, guardó un largo silencio.

—Amigo, estamos fritos —suspiró después, apoyando las manos en los hombros de su compañero.

Inesperadamente, Mario cogió a Hernán por el cuello de la camisa. El rostro se le endureció en una expresión desconocida, furiosa.

Hernán pretendió zafarse. Mario era más fuerte.

Nuevamente pretendió zafarse.

Y esta vez su movimiento fue ridículo como la contorsión de un títere. Hernán entero fue ridículo. Como un títere que se las quisiera dar de mimo y, peor, de hombre. “Se cree superior, me insulta, muñeco de mierda”, se dijo Mario. Quiso pegar-

le, verlo patalear en el suelo, sacarle sangre del rostro.

—¡Suéltame!

—¿Me vienes a dar órdenes, “pijecito”?

Hernán comprendió, entonces; comprendió al oír la palabra “pijecito”. Nadie sino él mismo era culpable de todo esto. Se había descubierto con demasiada audacia; no cejaba en su propósito de marcar las diferencias. Y bueno, en el fondo, no estaba muy seguro de ser un “pijecito”. No lo era en absoluto y la verdad es que lo sabía de sobra. Podía serlo, sí, en Mulchén; en Santiago, en cambio, no lo había sido nunca; porque no pudo, porque no tenía cómo, porque la escala era distinta. Y ¡qué maravilla sentirse arriba! “¿Me vienes a dar órdenes, “pijecito”?” Mario, en persona, se lo estaba diciendo, Mulchén entero, a través de Mario, se lo estaba diciendo. En Mulchén, *era* un “pijecito”. Mario ponía en evidencia su propia inferioridad al aceptarlo; pues, aunque furioso, lo estaba aceptando.

Una visible complacencia relajó su rostro, tenso de miedo en el primer momento. Mario lo advirtió. Y no pudo comprender. Sujeto por el cuello, a punto de ser revolcado en el barro, en el excremento de los corderos... ¿cómo...?

Fue un extraño trueque de sensaciones: mientras Hernán tuvo miedo, Mario dominó la escena;

a medida que la complacencia de Hernán crecía, Mario perdía terreno.

—Suéltame —repitió Hernán.

Mario lo soltó, diciendo:

—¡Te suelto, porque tengo ganas; porque me das pena!

Hernán se estremeció; sabía perfectamente que era cierto: pudo haberlo deshecho de un puñetazo. Y no habría sabido cómo defenderse. De nada le habrían servido sus hombros estrechos ni sus brazos delgados. No se le habría ocurrido coger una piedra o sacar un fierro y lanzárselo a la cabeza. Tampoco habría escapado. Simplemente, lo habría deshecho. Ese no era su campo. Él atacaba y se defendía con palabras hirientes que deshacían por dentro. No respondió y fue a sentarse en la pisadera del camión.

Mario lo observó. La idea de que seguía dominando la escena luchaba por apoderarse de su ánimo. Pero una visión más honda la detenía. Aunque Hernán no se hubiera defendido, no estaba derrotado, pues, si no lo hizo, fue porque no podía atreverse a hacerlo: era completamente incapaz de salir con éxito de algo semejante y resultaba absurdo pretender que lo intentara. Tampoco se había defendido a su modo. Y esto menos significaba una derrota; al contrario, no lo hizo porque le parecía de más, porque, desde que se oyó tratar de “pije-

cito" se consideró vencedor. No pudo soportarlo.
—¡Maricón! —dijo por último.

Hernán no contestó.

La noche los sorprendió rondando el camión, cada uno por su cuenta y sin haber cambiado palabra.

—Oye —Hernán hablaba con voz firme, como si para él nada hubiera ocurrido—. ¿Qué vamos a hacer?

—¡Qué sé yo! —contestó Mario.

Murmurando tristes, impasibles y severos, los pinos contemplaban el inmenso lomaje vacío.

3

Tres chiquillos rondaban la pileta, esperando que se alejaran los paseantes para meterse en ella y cazar los peces luminosos.

Los dos viejos conversaban en la plaza.

—Ya deben estar vendiendo estos niños. . .

—Y tapados de plata. . .

El reloj de la parroquia dio el mediodía.

—Mire —dijo, entonces, el más anciano de los viejos—, mire, allá. ¿no es el camión de los niños?

—¡Pero. . .! ¡Pero si son ellos, compadre, mire, allá vienen!

Cansado, crujendo, mugriento, como volviendo en derrota de un gigantesca batalla, el camión se hundía en las pozas. El agua salía y caía, floja, pesada, al camino de nuevo.

—Hombre... —observó uno de los viejos—, ¡vienen cargados!

Se apresuraron hasta la calle. Los chiquillos salieron corriendo de la pileta; alguien llegó del almacén; las muchachas del Liceo se acercaron, seguidas por sus cortejantes, desde el otro extremo de la plaza; y todos, rodeando a los viejos, esperaron al camión.

Primero bajó Mario. Luego Hernán.

—¿Y...? —preguntó uno de los viejos.

—Se fue todo al diablo.

—Todo, completamente todo —dijo Hernán.

—¿Y qué van a hacer?

Los muchachos cambiaron una mirada. “Al diablo”, semejaron repetirse.

—Algo hay que hacer, ¿no es cierto, amigo? —dijo Mario.

—Algo hay que hacer... sí, algo rápido.

—Eso es, algo rápido.

—Claro —dijo Hernán, contemplando las ovejas hambrientas, enflaquecidas, inmundas, en la caja del camión.

—Claro que sí, amigo; algo con que nos podamos recuperar en menos de diez años.

—¿Diez años...? ¡Eso, carajo, diez años!

Y, tomándose de los hombros, caminando como a punto de comenzar un canturreo, los muchachos se fueron al bar del Club.

UNA FUNCION DE TEATRO

ALGUIEN LO VIO cruzar la reja de la Facultad y, con una exclamación de sorpresa, comunicó su presencia, absolutamente inesperada, a los que estaban en el grupo. Lo miraron. Nadie esperó hallarlo esa tarde ahí, nadie pensó que asistiría a la función, nadie perdió el tiempo invitándolo. ¿Para qué? ¿Para recibir la negativa de siempre, cortés y por lo bajo burlona y humillante? Marcos jamás participaba en nada.

Sin embargo ahí venía, con su lento paso habitual y con un libro en la mano; con su aire habitual, ausente de puro retraído, ignorante de lo que ocurría fuera de sí mismo.

Ahí venía en su habitual soledad. Y, al pasar junto a ellos, les saludó con algo de sonrisa.

La suya no conseguía ser más que algo de sonrisa: era fría, vacilante, empañada, de esas que se dan sin entusiasmo o que se cortan antes de comprometer.

Un camino partía el pasto, cruzaba el arco de una construcción y, abierto entre álamos, seguía hasta la puerta del aula; a sus costados colgaban de árboles y plantas, llamativos como faroles chinos los carteles anunciando la función "extra" de la comedia musical de los alumnos de idiomas; y las jóvenes vestidas de colores vivos y los jóvenes fumando con aplomo, conversaban y reían, satisfechos, anhelantes, bulliciosos.

La muchacha alcanzó a Marcos y, despejándose del rostro el cabello, lo detuvo.

—Qué bueno que hayas venido —dijo, ligeramente encendida.

Marcos masculló una frase incomprensible. Sintió como si lo tuvieran sacando a tirones del fondo de una caverna.

—La comedia es estupenda, ¡vas a gozar! —Ella sonreía—. ¿En qué fila te tocó el asiento?

—No vengo a la comedia.

La muchacha se desconcertó y miró el libro.

¡Pobre niña! Preparó una respuesta que no la ofendiera demasiado. Pero ella, de improviso, dio media vuelta y se alejó. "Debí pensar más rápido", se dijo Marcos.

Ella tuvo entonces una reacción inesperada: regresó y le puso un billete celeste en la mano. Un corto tintineo de pulseras acompañó el movimiento.

—Desde esa fila vas a ver muy bien —insinuó.

—Yo veo bien desde cualquier parte. . . no te molestes —respondió Marcos, confundido. Ella aguardaba, indecisa. Marcos no lo pudo soportar y agregó que tenía un asunto, que aún le quedaba tiempo para arreglarlo—. Con permiso —dijo, y se fue con la cara contraída en una mueca absurda.

Ella se retiró de los que pudieron haber presenciado la escena. No sabía realmente, qué pensar.

¿Era, acaso, demasiado inseguro de sí mismo y escapaba de la gente a esconderse en sus libros? ¿O era de los que no se rebajan a iniciar una conversación? Desde los primeros días comenzaron a trabarse las amistades y los flirteos, a organizarse los centros políticos y los poéticos, los centros pro viajes de estudio, pro fiestas con cualquier motivo; comenzó, en fin, a eslabonarse el curso. Marcos no demostraba interés por nada. La cadena se cerraba y él iba quedando fuera. ¿O era, tal vez, demasiado tímido? Más de alguna muchacha creyó que sufría de amores y, sintiéndose llamada a consolarlo, fue hasta él con pretextos académicos. Cortés, y al mismo tiempo, con ese perturbador aire suyo de secreta burla, Marcos la despachaba sin tardanza. Mientras, iba destacándose en sus estudios. Y una chispa amarga en su mirada impresionaba a la muchacha de una manera extraña. Cuando un alumno de otra asignatura preguntaba cómo era, le

respondía que insoportable. O que no le gustaban las mujeres. Y, a veces, cosas peores.

La muchacha se estremeció: ella los había oído. La distrajeron las voces de los estudiantes reuniéndose a la entrada del aula. Hablaban unos con otros en voz alta, los piropos iban y venían, se lamentaban de no hallar a tal o cual persona, hacían por todo grandes aspavientos y reían, ansiosos, como aguardando un premio de lotería. La función estaba por empezar.

El recinto del aula se caldeaba por la multitud ostentosa como el aplomo de los hombres, chillona como los vestidos de las mujeres. Mejor estaría en su cuarto, sacando las fichas del estudio sobre Hopkins. ¿Para qué estaba ahí? ¿Qué hacía entre toda esa gente? La tontona de las pulseras supo colocarlo entre la espalda y la pared. Lo amarró para que viera la comedia musical. ¿Qué pretendía? Antes ya le había hablado del retraimiento, de la soledad, del compañerismo, del espíritu universitario, de veinte mil pamplinas. Y esto de ahora había sido increíble. De súbito la sala quedó en tinieblas y un murmullo contenido hizo callar el griterío. La luz de un foco rasgó la oscuridad y cayó al escenario sobre un gordito incómodo ante el micrófono. —¡Señoras, caballeros, gente!—. Carcajada general. Habría sido más fecundo volver a su cuar-

to a leer y tomar notas; era hermoso estar ahí, en silencio, mientras la mente se iba abriendo paso, como un duende, por la bruma de lo incierto.

El gordo agradecía una cantidad de minucias a una cantidad de personas. Traspiraba moviendo tontamente las manos en los bolsillos, no sabía pronunciar, ignoraba el dominio de la escena, lo ignoraba por completo. Sin embargo, la concurrencia aplaudía, lo encontraba delicioso. Era tranquilizador, era reconfortante vivir ajeno a ese tropel de urracas con mal gusto que se revolvía por el mundo sin otra ambición que el matrimonio, las fiestas, los hijos y el dinero. La cortina se abrió, aparecía un cuadro exasperante y los aplausos arreciaron. A un extremo bailoteaba una hilera de mujeres que lo hicieron pestañear por el colorido de sus trajes; a su encuentro venía una de hombres, atildados, respingones, ridículos en su gruesa pose de opereta. Los aplausos borraron toda sensatez, como un manchón. Deseó salir pero los asientos vecinos se hallaban ocupados y la empresa le tomaría trabajo y disgusto. Desistió. Esa gente comenzaba a cantar. Sus problemas le parecieron, en ese momento, dulces, livianos, intrascendentes. Aquella fragilidad que lo detenía cuando se le enmarañaban las ideas, que lo detenía a punto de abandonarlo todo, era —lo comprendió esta vez— el lastre que debía cargar en su camino de perfección. In-

satisfecho, atormentado, ansiaba descubrir la vida y lograr, algún día, una escala de valores que le permitiera poseerla. No como esa gente que se conformaba con cantar leseras. Y, para colmo, mal cantadas. Y la obra entera estaba mal. Las inconsecuencias surgían una tras otra. Las escenas no enlazaban, no se anudaban. Y tampoco respondían a la realidad. La comedia intentaba humorizar la vida universitaria mas ninguna de sus situaciones se producía en las universidades chilenas. Ocupaba el escenario un trío de encapuchados vestidos de negro, amedrentando en las tinieblas a un par de sujetos en pijamas. Como todos sabían que en las universidades norteamericanas estas cosas se ven mucho, rieron a rabiar.

—El estudio nada engendra, sólo el ocio es fecundo —decía un tontón vestido de farol.

Marcos se interesó. Pensó en el fenómeno de la parodia; en que es vital para el ser humano burlarse de lo que más respeta; en que lo hace por instinto de conservación, para no morir bajo el peso de sus dioses. Probablemente una vez finalizada la obra ese tontón vestido de farol iría a encerrarse en su casa y se pondría a estudiar.

Y al poco rato se sorprendió riendo sin saber de qué.

Supo luego que muchas risas habían estallado en la sala, habían vibrado en el aire y habían actua-

do sobre él como revelaciones. La causa fue trivial: un huaso subió al escenario con un canasto del que sacó una gallina y, mostrándola al público, armó un cacareo que no se entendía. Eso no bastaba para reír. Y, sin embargo, tuvo que obligarse a recuperar la seriedad. No lo consiguió del todo. No pudo quitar de su semblante una sonrisa que no parecía suya. Su vecino lo miró, buscando solidaridad para una carcajada que aún no terminaba. Marcos rió de nuevo, con un dejo de vergüenza oculta. Podría ser amigo de ese muchacho. Eran, incluso, compañeros de concurso. Pero le ignora el nombre y, aunque lo quisiera, no habría sabido de qué hablarle. No tener amigos era el único modo de trabajar, de vivir sin compromisos, de disponer del propio tiempo y no estarlo perdiendo con nadie. Solía ser triste, sin embargo. Recordó ese largo mes y medio que pasó enfermo: nadie lo fue a visitar, nadie preguntó por él; cuando regresó a clases, dos o tres personas confesaron la extrañeza que les producía verlo de vuelta: creían que había dejado los estudios. Cortó sus reflexiones, sonrojándose, como si en ellas hubiera algo deshonesto, afrentoso; sintióse descubierto. ¿Ante quién? ¿Haciendo qué? Se obligó a pensar en otra cosa. Superadas las vicisitudes de rigor, se aproximaban la "revolución" y el "reconocimiento" que, poniendo fin a los malentendidos, marcarían el clímax de

la obra. La pareja romántica entraba al escenario. A la niña le faltaba expresión corporal, no se atrevía a fingir desenvoltura y se veía lacia como hilo de volantín sin viento. El galán, petimetre y sensacional, hablaba con voz dulzona. Pero ambos tenían una gracia cándida, una intención tan sana . . . Él le declaraba su amor eterno; ella respondía: —Yo no—, mas era evidente que sí. Él insistía: comenzaba la primavera, debían ser felices, el mundo se abriría para recibirlos, como un abanico. ¡Abanico! ¿Dónde los recibiría un abanico? ¿En las varillas? La imagen era mala. Todo era malo. Pero la luz de los focos bañaba el follaje de cartón de unos árboles de utilería y, aleteando entre las hojas duras, fundiéndose con la emoción del público inmóvil, empapaba de vida lo que ocurría en la escena. El momento cobró tal fuerza que despedazó la debilitada resistencia de Marcos. La vida estaba ahí, en esa pareja en primavera que no se decía frases bellas porque carecía de talento, pero sentía hasta lo más hondo del espíritu la necesidad de unirse. La vida estaba en esa comedia, estaba latiendo, llamándolo desde esa gente que la había escrito y montado para el resto de la gente, sabiendo lo que era, lo que ansiaba, lo que pedía, comprendiéndolo todo ignorantes de todo. Aunque no estudiaran, aunque no buscaran una escala de valores, como él, aunque no ambicionaran

más que matrimonio, hijos y dinero, aunque no fueran como él, eran más, mucho más que él, porque no tenían que ir hacia la vida, porque la vida les llovía y sólo tenían que abrir los brazos para estrecharla.

El último coro, espléndido de entusiasmo, invocaba al compañerismo, al espíritu universitario, a las mil manoseadas frasecitas, y Marcos aplaudió frenético. Pero sólo unos instantes. El peso de una actitud larga, de un temperamento de isla, se impuso y lo desconectó.

Se le iba formando una cripta de nostalgia mientras se alejaba del aula.

La muchacha apareció en la penumbra. —¡Te vi aplaudiendo! ¿Verdad que te gustó la comedia?... Te vi reír.

Marcos sonrió. Caminaban entre los álamos. La noche había caído, pero aún era posible ver, oscuros como faroles apagados, los carteles anunciando la comedia musical.

Contempló a la muchacha.

—Me tengo que ir —le dijo—. Tú sabes.

Ella lo observó un momento. —Sí —dijo, aunque no sabía.

Y ambos se alejaron en direcciones opuestas. Marcos, a pesar de todo, iba con la intención de cantar, aunque, desde luego, en voz baja.

CLARINETE

S U SOMBRA, PROYECTADA por las luces de los faroles, de los avisos, de los escaparates de tiendas, de los autos que iban y venían, saltaba en todas direcciones y los transeúntes lo bordeaban, lo rodeaban, lo envolvían como una resaca violenta de rumores y colores y palabras.

De improviso, Javier escuchó el clarinete.

No supo en el primer instante lo que era. No supo la causa, pero se vio apresurando el paso, huyendo entre la gente. Las piernas le temblaban, el corazón le golpeaba en los oídos.

El solo de clarinete ondulaba tristemente por la noche, húmedo de nostalgia y melancolía. Las palmetas del baterista, insinuantes, desgastadas, sonaban como dentro de una inmensa caja de madera seca. Continuó huyendo, pero la música lo seguía, la música o el espectro de la música. De improviso se detuvo. Apresurándose, ansioso de abreviar la exasperante y, a pesar de ello, dulce tensión que lo

embargaba, regresó al lugar donde había escuchado el clarinete. El sucio edificio fin de siglo, recargado como torta de novia, se alzó ante él. Miró la placa en la puerta: *Club de Jazz*: "No entraré, no entraré", se dijo, y subió los peldaños de piedra. Hacía diez años que no entraba en el Club; que intentaba no saber que existía un sitio donde ocurrió todo, y que ese sitio era el Club.

El murmullo claro y delgado de los bronces —el baterista tocaba en los platillos— abría un surco en la melodía líquida del clarinete. El contrabajo zumbaba como un gran abejorro preso en ese surco. Y el piano subía y bajaba, asomándose a mirar y retirándose.

Era urgente verlo todo de una vez. Pero se detuvo. Un joven de nariz afectada y modales desabridos lo investigaba con recelo.

—Su entrada, señor —le pedía, y movió los brazos en el aire, visiblemente sin mayor objeto que lucir unas grandes colleras ofensivas. Javier dijo con mansedumbre:

—Yo tocaba el clarinete . . . aquí. —En seguida, afligido, pagó el importe y, bajo la mirada intrusa del muchacho, se encontró en la sala.

En la esquina de siempre, y sobre el mismo pequeño estrado, tocaba la orquesta: cuatro jóvenes en mangas de camisa. Eran poco más que niños y hubieran podido ser sus hijos. (¿Por qué

Marcela nunca quiso que tuvieran hijos?) El clarinete iniciaba nuevamente un solo y el público, sentado en las sillas, de pie en los lugares libres, ocupando todo el estrecho local, seguía el lento ritmo meciendo la cabeza o el cuerpo o los pies. Era igual que en sus tiempos. La gente, aunque otra, desconocida, siempre cambiante, una vez que entraba en el local se convertía en el público del Club.

—Grupo muy particular —le había dicho cierta vez a Marcela— invariable y eternamente compuesto por habitués que son o se las dan de ser amigos de los músicos y eruditos en materias musicales, por estudiantes de arquitectura convencidos de su vocación artística, por muchachas en busca de emociones nuevas, por curiosos ingenuos, por esnobs de buena familia —entre los que podríamos estar tú y yo— ansiosos de una etiqueta más interesante, por solitarios aburridos, por neurasténicos escépticos, por jovencitas sin virginidad, y ya sin novio, que se hallan muy a tono en un ambiente “sin prejuicios”, por muchachos que no se encuentran a sí mismos en ninguna parte, por parejas necesitadas de un rincón en donde besarse públicamente, por vírgenes tímidas llenas de audaces deseos, por vejete a los que uno mira sin entender qué diablos hacen aquí, por todas estas gentes que, en fin de cuentas, son buenas personas y aficionados al jazz. Los observó mientras se abría paso hacia la orques-

ta y sintió que, nuevamente, con insospechada fuerza, lo atraían. Cuando en su juventud tocaba, lo hacía para ellos, experimentando hacia ellos una intensa mezcla de piedad y asombro; identificándose con ellos. No sabía qué buscaban en la música de jazz, excitante y narcótica, irracional y alambicada, tremendamente compleja y turbadora. Tampoco sabía qué buscaba él. Pero los apasionaba, como a él. Y extraían de ella lo que él: una droga que, sin ser demasiado malsana, paliaba la sinrazón de sus vidas. Javier alcanzaba la orquesta. El clarinete saltó sobre el ritmo del acompañamiento, tejió una larga filigrana intensa y mojada yéndose muy lejos, volvió luego a tomar el ritmo anterior, y desapareció. La sala entera aplaudió afiebrada, ensordecedoramente, mientras, con dificultad, se escuchaban, perdidos, los palillos del baterista en los tambores.

Javier terminaba de tocar. Sonreía; como si los aplausos fueran algo excepcional; y, desde hacía años, los venía recibiendo cada noche de sábado.

—Buena, viejo —le decía Pepe, rascando las cuerdas del contrabajo. Pepe siempre le decía. “Buena, viejo”. Una vez no se lo dijo —quizá en qué estaría pensando— y le hizo falta.

Se llevaba el clarinete a la boca y, apretando con los dientes la boquilla negra y dura, juguetea-

ba en los botones, sin soplar. Le pesaban las articulaciones de los dedos, como si le hubieran crecido. Y, disimulando su contento, prefería no ver la cara de Fico, el pianista y director del conjunto, quien no toleraba los aplausos para otros. Si alguien recibía muchos, lo llamaba al orden en los ensayos.

—Oye, déjate de cosas; aquí lo que importa es el grupo y no los solos. En la *jam* del sábado te pusiste demasiado *show-off*, oyes.

Parecía hallarse más seguro de sí mismo empleando términos norteamericanos —reales o inventados—: *jam*, *show-off*, *drum* grande, etcétera. Era, por desgracia, un buen pianista, el único bueno interesado en jazz moderno, y, además, el organizador del cuarteto. Había que soportar. Juan Carlos, el argentino que sostenía haber acompañado a Art Tatum en una sesión privada, y que usaba unas corbatas de rosa tan espectaculares como su anécdota, daba el último golpe a los platillos, y la sala nuevamente aplaudía, ahora para todo el cuarteto Miraflores. Javier dejaba el clarinete en la pieza de los músicos —tenía siempre que buscar la caja entre el hacinamiento de abrigos de los atrasados; él no dejó nunca de llegar entre los primeros— y, mientras encendía un cigarrillo, entraba Marcela, cada sábado con un vestido distinto.

—Fan-tás-ti-co —felicitaba, sonriéndole con esa

expresión maravillosa que le hacía olvidar los defectos de sus interpretaciones.

Él explicaba que se equivocó en tal parte porque hizo esto y no lo otro.

—No —le decía ella, apoyando las manos en las caderas y con el fingido tono de seriedad con que una madre riñe a su hijo por una travesura sin importancia—. No inventes. —Y, abriendo su sonrisa, como el premio después del castigo, agregaba en voz baja—: Yo te quiero de todos modos. —Era como un rito.

Javier la tomaba entonces por los hombros y la besaba.

—Ché, pero qué cosa —decía el argentino, arreglándose la corbata frente al espejo. Fico se iba, sin hacer comentarios. Y Pepe los miraba con tierna envidia. En seguida, abrazados, salían a la sala. La gente, llevando el compás con las manos, gritaba entusiasmada. Cn-po, cn-po, cn-po-cn-po-cn-po, mugía la tuba en la boca de un gordo de calva lustrada como el bronce. Y el trompetista inflaba los carrillos como globos, echando al aire su estridencia alegre, mientras el banjo bailaba, menudo y enloquecido, el clarinete movía por todas partes su lamento, el contrabajo y la batería roncaban en la retaguardia y el pianista, más al fondo, sacudía de las teclas una música que nadie alcanzaba a escuchar.

—¿Te gusta?

—¡Sí! —exclamaba Marcela.

—¿Más que el moderno...?

—No... —respondía ella—... el moderno me gusta más—. Pero una insufrible falta de convicción teñía el tono de su voz, y Javier nunca se atrevió a ir más allá y determinar si le gustaba este o el otro, o si ambos le importaban un pepino. ¿Y si, después de todo, resultara eso? Lo quería a él, consideraba, y no había más que pedir.

Marcela intuía, vaga, pero finamente, una intención extraña y, sin embargo, familiar en la pregunta. En los momentos más inesperados, cuando, por alguna razón, lograba distanciarse y mirarla desde lejos, le hacía preguntas semejantes. Marcela sentíase, entonces, como pisando sobre huevos: ¿qué veía en ella? ¿qué pensaba...? ¿qué haría...? Mientras, abriéndose camino entre la gente, iban hacia el precario bar del segundo piso, determinada a recuperarlo, le decía:

—No mires a esa niña.

Una sombra indefinible ofuscaba el rostro de Javier: no estaba mirando a ninguna niña.

—Mirón. Yo también voy a mirar —y, estrechando su abrazo, hundía la cabeza en su hombro. Las caderas de Marcela topaban las suyas y lo turbaban, impulsándolo a buscar el contacto blando de sus pechos. Una malicia infantil, perversa y lle-

na de promesa, iluminaba los ojos claros de la muchacha —fijos en él, únicamente en él— pestañeando con lenta languidez. Javier, aunque sabía que no era así, se prendaba de creer el gesto hecho exclusivamente para él. Ella movía los labios, produciendo un sonido inaudible, besándolo a través del aire. La gente observaba. Y un suave temblor de orgullo acariciaba a Javier: era el mejor clarinete del Club y lo acompañaba una muchacha a la que todos deseaban para sí. El encanto de Marcela, imperceptiblemente, se tornaba retórico a partir de ese momento.

(A veces, en medio de la noche o en la mitad del día, leyendo en su cama, almorzando en el Miraflores, trabajando en la oficina de su padre ¡esa absurda oficina de importaciones!, caminando por una calle o tocando el clarinete —a veces, incluso, cuando estaban juntos— Javier experimentaba repentinamente una molesta desazón, como si tuviera arenas en los zapatos y, peor, como si él, entero, fuera metido dentro de un descomunal zapato lleno de arena: algo pesado, compacto, lo oprimía, sofocándolo, cegándolo. . . ¿qué sentía Marcela? ¿qué le importaba a Marcela? ¿le importaba a él. . .?)

—¿Lo de siempre, don Javier? —El antiguo mozo del Club sonreía bajo unos frondosos bigotes morenos.

—Lo de siempre, Alamiro.

—¿Por qué no le gusta cambiarse de chaqueta? La usa siempre inmunda. . . —Marcela, sentada en una mesa, balanceaba las piernas, esas piernas tostadas por una vida de piscina, de canchas de tenis y de playas, esas piernas que Javier acariciaba. Se divertía como una niñita balanceando sus piernas, ahí, sentada en una mesa. Y todos la miraban.

—No la tiene inmunda. . . además, ¡es tan pintoresco!

—Sí, y por eso nunca se cambia la chaqueta —insistía Marcela.

Y, riendo, se volvían a besar, hubiera quien hubiera en la pieza.

—Un par de *Tom Collins*. —Alamiro dejaba el mesón para llevarles la bandeja. Hacerlo no era su costumbre, era su modo de condecorar a los músicos que prefería—. Se lució esta noche, don Javier. Arme de una vez un cuarteto propio y les enseña a todos estos. Y después, recorra tocando el mundo entero.

Luego se iba. Javier, sabiendo que nunca haría de la música su profesión —que nunca intentaría hacer de nada su profesión—, le quedaba, sin embargo, agradecido. Y soñaba un poco. Era como si Alamiro lo sacara de su horrible zapato lleno de arena.

—Pruébalo, ¿lo hizo bien? ¡Por Dios qué le cuesta hacer las cosas! —Marcela no podía, no quería disimular la irritación. Alamiro le quitaba a Javier, lo lanzaba en sueños ridículos en los que ella no cabía.

El *Tom Collins* estaba bien. Al menos, eso parecía. Javier no era entendido en *Tom Collins*. Lo tomó por vez primera, en ese mismo bar del Club, la noche que conoció a Marcela.

Bajó del estrado jugueteando con los botones del clarinete. Lo llevó a la boca y sopló, una frase *The Way You Look Tonight*. Entre los aplausos, escuchó una voz:

—¡Javier!

Miró —tocando aún, muy despacio, apenas él escuchaba—; se tragó una nota y perdió la melodía: ahí estaba su primo Edmundo. —¡Hombre! ¿qué haces en el Club?—, como siempre, con la gracia indolente de esos jóvenes que lo pasan demasiado bien, con el atractivo mágico de esos seres que semejan venir de una fiesta donde ha comenzado a revelárseles el secreto de la felicidad humana, y estar sólo de paso por el mundo de los normales, en camino a otro donde el secreto se les va a entregar para la eternidad.

—¡Eres un maestro! —fue el saludo de Edmundo.

Pero lo que le hizo perder la melodía fue la muchacha que, abrazada a su primo, lo miraba —ella a él—, directamente a los ojos, con una risa bella y displicente, con la caprichosa y retadora seguridad en sí misma de las jóvenes adineradas a quienes nadie oculta que son hermosas; en cuyas casas el teléfono suena veinticinco veces cada día invitándolas a los lugares de moda, a los que se van a poner de moda y a los que pasaron de moda; por cuya compañía los jugadores de golf y los jugadores de polo y los tenistas suecos y esos extranjeros ociosos que viajan para zafarse de alguna mujer a la que en su país han propuesto matrimonio o para pasar las penas cuando se han zafado de ellos, todos estos y, en suma, todos los hombres espectaculares y decorativos que hay en las ciudades de más de un millón de habitantes, se dan el trabajo de romper con sus queridas, de sobregirarse calamitosamente y tener que pedir piedad a los gerentes de los bancos, de beber con mesura, y de comportarse como perros falderos.

Javier se sintió ahogado por ese oleaje de hombres espectaculares y decorativos que parecía espumar en los ojos de la muchacha. Sin embargo, cuando Marcela le tendió la mano, y él, sosteniendo su mirada y sin soltar el clarinete, se la estrechó, vio que algo distinto asomaba en esa mirada y le decía que, en ese momento, él también era especta-

cular y decorativo. Experimentó una curiosa mezcla de humillación y orgullo. Pero vio, o intuyó, o imaginó más: Marcela llevaba en sí, ignorándolo, un gran secreto; ni más ni menos que el secreto de sí misma, virgen, puro, rico, absolutamente inexplorado y misterioso: Marcela nunca se había enamorado. Estaba entre los brazos de Edmundo porque le gustaba estar entre los brazos de alguien, eso era todo. La inexplicable convicción de que algo importante sucedería entre esa muchacha y él lo detuvo en una asombrada actitud de campesino que ve por primera vez un helicóptero. Pero se ruborizó y quiso despedirse, bruscamente. Edmundo era su primo.

—¿Hasta qué hora tocan? —le preguntó Edmundo mientras lo detenía, cogiéndolo de un brazo.

Tocaban hasta las doce.

—Te esperamos —propuso Edmundo.

Javier no entendió para qué.

—Andamos un montón de gente —explicó Marcela, señalando a un grupo que aguardaba al fondo de la sala—. Y vamos a una fiesta, ¿quieres ir?

Javier vaciló. ¡Por supuesto que quería ir! Lo invadía la magnífica sensación de que, a partir de ese momento, su vida dejaba de ser un afiebrado ir y venir al Club, sumido en la marea de su clarinete para olvidar lo insoportable que le resultaba el

trabajo en la oficina de su padre, las tardes y las noches aburridas, los domingos largos y vacíos. Balbuceó una especie de negativa o asentimiento.

—No te hagas el interesante —le dijo la muchacha, observándolo con una sonrisa que parecía agregar: sé muy bien lo que te pasa, sé que te mueres por estar conmigo; pero yo también quiero estar contigo. Y, sin esperar que Javier expresara algo inteligible, habló a Edmundo—: Diles que, si quieren, se vayan; que nosotros esperaremos a Javier...

—¡Qué bien tocas el clarinete! —continuó—. ¡Fantástico! Edmundo me cuenta mucho de ti, ¡hace mucho que quería oírte!

Javier pensó que la muchacha actuaba para despertar celos en Edmundo y algo le dolió en su interior. Cuando subieron más tarde a beber un trago, no pudo pensar en otra cosa: Marcela rechazaba, desganada y coqueta, cualquier intento de Edmundo por captar su atención; le conversaba a él, en cambio, llena de un entusiasmo, verdadero o falso, que, de no mediar sus dudas, lo habría contagiado.

Ahí fue todo el lío de los *Tom Collins*.

—Alamiro, dos *Tom Collins* y un *Gin con Gin*.

—¿Dos qué?, don Javier. Se lució esta noche, don Javier. Le van a pedir que repita.

—Gracias, hombre; dos *Tom Collins*.

—¿Dos qué...?

—¿...no sabe lo qué es un *Tom Collins*? —preguntó, entonces, Marcela, con sorpresa descarada, ofensiva.

—No señorita. No sé lo qué es. —La respuesta fue rotunda.

Pero Marcela desconocía la costumbre de ceder. —Mire, un *Tom Collins* es... — y se lo explicó.

Cuando Alamiro, el antiguo mozo del Club, vio que el asunto no era tan difícil, su degradación fue completa. Y Javier comprendió que Marcela se lo había echado encima. Lo que, después de todo, pensaba, carecía de mayor importancia.

Luego bajaron. Tocó. Tuvo que repetir *The Way You Look Tonight*. Y los aplausos nunca lo hicieron sentirse tan glorioso.

En seguida, se fueron a la fiesta.

Iban continuamente a fiestas; los sábados después de las sesiones, los domingos, los días de semana después de los ensayos. Marcela llegaba a buscarlo en su pequeña camioneta verde y principiaban por bailar un rato en algún sitio pasado de moda; pasado de moda, porque a ella le confirmaba la maravillosa sensación de estarse transformando en una persona distinta, y a Javier le procuraba la de tener a la muchacha nada más que para sí.

Lleno de alegría, mirando en silencio sus ojos claros, se entregaba a la esperanza de ver deshechas las ataduras entre Marcela y su mundo; de verla entera y plenamente suya.

—Si este país no fuera tan tonto y tan prejuzgado —decía Marcela—, podrías tocar en una *boite* y ganaríamos montones. . . ¿te imaginas?

—No me gustaría —contestaba Javier—, no podría nunca hacerlo, quiero que llegemos a querernos mucho, mucho, y no tocar más el clarinete...

—¡Pero sería tan entretenido. . . !

Javier sentía, al oírla, que nunca llegarían a quererse tanto, que siempre existiría entre ellos una profunda incomprensión, que siempre tendría que tocar y tocar su clarinete.

Luego corrían, siempre apurados, a casa de Marcela y, mientras ella se vestía, Javier escuchaba sus nuevos discos de jazz. Todas las semanas crecía la colección, inexistente cuando se conocieron.

En las fiestas, Marcela bailaba, a veces, solamente con él. A los demás, incluso a Edmundo, les declaraba que se sentía cansada.

—¿Por qué no bailas con Edmundo? —le preguntaba Javier, celoso.

—Porque no —respondía ella—. Prefiero estar contigo.

—Ah, si. . . ¿ah?

—¡Ay, Javier!

Temía que Marcela se estuviera defendiendo. Edmundo no dio mayor importancia a la ruptura. Según confesó a Javier, ya hacía tiempo que miraba hacia otros lados. Pero semejante naturalidad no lograba convencerlo.

—Me aburren todos estos —decía Marcela—, son iguales, completamente iguales, hablan siempre de las mismas cosas: que pierden las pelotas de golf y los *caddys* las venden cada día más caras, o que casi se cayeron del caballo en el segundo *chukker* porque el tonto de qué sé yo quién les enganchó la chueca, o que se les cruzó un pavo en el *Embudo* y por poco se mataron para hacerle el quite. Así empiezan. Y después, que no hay ambiente en las fiestas y que vamos al *Drive In* o al *Tap Room* y qué sé yo. Y si les aceptas, tienes que defenderte a puñetazos ¡son cargantes!

—Pero lo pasan bien —comentaba Javier con ironía.

—Se aburren; hacen siempre lo mismo y se aburren...

—Tú no te aburrías con Edmundo...

—Eso era antes, Javier; no sigas por favor.

—Nosotros hacemos lo mismo y no nos aburrimos.

—¡Es distinto! —exclamaba ella enrabiada—. Nosotros somos distintos.

Otras noches, en cambio, Marcela no bailaba

solamente con él. Javier, conversando con alguien en un grupo, sorprendía, a veces, en el rostro de la muchacha, una sonrisa maliciosa. Y los celos volvían a picarlo. Una noche, en casa de Edmundo, mientras que ella bailaba ignorando que era observada, Javier advirtió un pequeño movimiento esquivo en su cuerpo, como si estuviera escurriéndose del contacto de su compañero, como si estuviera reprimiendo una inconsciente atracción física; un movimiento deliciosamente esquivo, que era, en sí mismo, una entrega. Nada más. Pero Javier sintió espanto. Salió a la terraza, apretando un vaso de *whisky* en su mano. Alguien puso un disco de Benny Goodman. Bajó al pasto y caminó entre los arbustos del jardín, húmedos, recién regados. Se dio vuelta; para salir de ellos; pero, en realidad, por otra cosa, por un susurro de enaguas: Marcela estaba allí, mirándolo en silencio. Una luz de la calle encendía su cabello.

—¿Qué te pasa? —preguntó, bajando la cabeza.

Un aroma helado se desprendía de las plantas.

—¿Por qué?

—No sé —dijo la muchacha, yendo a refugiarse en sus brazos—. Tengo miedo.

Javier le acarició el rostro. La besó en los párpados, que levemente, aletearon. Ella buscó sus labios.

Alguien salió a la terraza y comenzó a cantu-

rrear algo ininteligible. Javier la estrechó, como para protegerla.

—Qué vergüenza —musitó la muchacha girando la mirada hacia la voz—. Tengo miedo —repitió después y volvió a refugiarse en sus brazos—; vámonos, Javier.

Él no respondió. Y pronto estuvieron de nuevo acariciándose, con brusquedad, casi con rencor, como odiándose, a pesar de adorarse, por lo que harían esa noche.

Desde entonces Javier la sintió suya, definitivamente suya.

Dejando, poco a poco, el clarinete, empezó a entregarse, cada vez con menos reservas, a la vida que ella, aunque lo negara, amaba. La sabía suya, la tenía segura, no había peligro. Y era bellissimo bailar y bailar en todas partes, luciendo ante el mundo la perfección de su amor.

Pero una tarde, inexplicablemente, quiso más.

Cada mes eran seis o siete los días en que se llamaban por teléfono a cada instante, nerviosos, angustiados; en que no iban a fiestas ni ensayos ni sitios fuera de moda y pasaban todo el tiempo que la oficina permitía a Javier, sentados, solos, sin decir palabra, besándose con una delicadeza y una ternura de seres sin sensualidad o, simplemente, acariciándose las manos, o, bruscamente, insultándose, hiriéndose, hasta que Marcela se echaba a llo-

rar sobre un cojín y gritaba a Javier que se fuera, que no quería verlo nunca más, que lo odiaba... y concluían abrazados, sonriendo entre las lágrimas y preguntándose: —¿Qué vamos a hacer?— Marcela hacía mandas a una santa y Javier juraba no tocarle nunca más un pelo. Pero sabían que, escapando de esa, volverían a caer. Y, cuando todo quedaba atrás, imaginaban con maravillosa inconsciencia, medio en serio y medio en broma, el escándalo que se habría producido si hubieran tenido que casarse.

Poco después de una de estas escenas, Javier llegó a casa de Marcela determinado a salir con una solución decisiva.

Intranquilo, ansioso, secretamente alegre, apretaba botones imaginarios en el aire. Marcela no volvía aún de alguna parte —las empleadas no sabían de dónde— y Javier contó ciento treinta y siete vueltas a la sala, arrastrando los pies sobre la alfombra para ver la huella que dejaban.

Marcela lo sorprendió en medio de su singular actividad.

—¿Qué haces? —inquirió desde la puerta.

—Esperaba que llegaras.

—¿De entre los dibujos de la alfombra? ¿Y querías pisotearme cuando saliera?

—A lo mejor...

Marcela caminó hasta él. Sus pies se hundían blandamente en la alfombra.

—Tonto. . . —le dijo en voz suave, y lo besó.

Javier quiso quitarle el abrigo.

—No, no me lo saques —pidió Marcela, y le rehizo el nudo de la corbata. En seguida, le arregló las puntas del pañuelo en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Por qué no pones música, mientras?

—¿Mientras qué. . . ?

—¡Mientras me cambio! Edmundo debe estar que llega. —Edmundo siempre estaba que llegaba.

—Marcela, no salgamos hoy.

Ella adelantó una pierna y raspó ligeramente el zapato en la alfombra.

—¿Por qué? —preguntó—, ¿vas a ir a ensayar?

—No. No voy a ir a ensayar. Tú sabes que voy cada día menos.

—¿Por qué, entonces. . . ? Espérame, vuelvo en un minuto. Ve los discos. Hay uno nuevo de Oscar Paterson. Ponlo fuerte para oírlo desde arriba. —Y comenzó a retirarse.

—¡Marcela! —Javier la detuvo, cogiéndola de un brazo. Había perdido esa secreta alegría con que llegó a casa de Marcela, había perdido la seguridad en sí mismo y su voz tembló al repetir—: Marcela.

Ella lo miró con expresión vacía, como vacilando entre tomar en serio lo que pudiera haber de serio en la actitud de Javier, o, simplemente, ignorarlo, decirle, “Tonto”, darle un beso y subir rápidamente a cambiar de ropa. Javier solía actuar

de ese modo por hechos sin importancia, por inconvenientes en la oficina —siempre tenía inconvenientes en la oficina— o porque “descubría” de improviso y sin causa visible, que carecía de talento para el clarinete; siempre, en fin, por algo parecido.

—Tonto —le dijo y lo besó—. Vuelvo en un minuto. Pon a Oscar Paterson, te va a levantar el ánimo.

—Marcela, esto es serio. —Una sensación vaga y oscura lo sumía en una sombra confusa, turbadora. Como un grano de arena entre los infinitos de una playa que, de pronto, brillara el sol y tomara contornos propios, la sensación se hizo nítida: Marcela estaba en el centro de su mundo, encantado, fascinante, pero envuelto en un muro imposible de romper. Las fiestas eran un juego, el jazz era un juego, él mismo era un juego —eso era su mundo: un juego. Imposible de romper, lo pensó ese día por primera vez.

—Marcela, tenemos que casarnos —habló, tomándola por los hombros, como con la intención de sacudirla, de sacudir el muro.

—Sí —asintió ella—. Por supuesto que sí. Pero no todavía, no hay para qué.

—Tiene que ser luego, ahora.

—¡Pero, Javier, por Dios! ¿qué te ha pasado?

—No sé qué me ha pasado. —Javier la soltó y

caminó hasta el sofá—. No sé; pero tenemos que casarnos.

Sentándose, continuó:

—No sé qué ha pasado, pero te necesito, ¿entiendes? Te necesito, y eso es todo. Así, en cualquier momento. . . ¡así no podemos seguir!

—¿Por qué no? —preguntó Marcela, acercándose al sofá.

—Porque no —insistió Javier—. Te necesito entera, sin fiestas, sin. . .

—¿Sin jazz. . .?

Javier guardó silencio. Aún a pesar de la ironía, el muro se trizaba; a riesgo de caer encima de él, pero se trizaba. Dependía de un par de palabras suyas el que cayera completamente. Pudo repetir: “Voy cada día menos al Club”, pero habría sido defenderse y prefirió atacar, aunque fuera injusto.

—¿Por qué sin jazz?

—¿Por qué sin fiestas?

—¿No has dicho que no las soportas?

Esta vez fue Marcela quien guardó silencio.

—Me has dicho que no las soportas —afirmó Javier, aprovechando la brecha abierta por su cuenta—. Me has dicho que te aburre esa gente, que no te interesa. —Se levantó del sofá y siguió descargando golpes contra el muro—: Dices que somos distintos, tú y yo, que podemos desarrollar una vida propia. . . ¡No haces otra cosa que comprar nuevos

discos de jazz! Y te mueres por ir al Club. . . —Se detuvo un instante y, mirándola a los ojos —con la misma seguridad con que ella lo había mirado a él esa vez— lanzó un golpe que resultó ser el final: —¿Qué hay de auténtico en ti? ¿Qué es lo que realmente te importa? ¿Te importo yo? ¿Me quieres, cómo te gusta decirme a cada rato?

Marcela, no pensó, como otras veces, en valerse de su encanto para deshacer preguntas. No pensó nada, no atinó a pensar. Comprendió que estaba ahí, imposible de ignorar o desconocer o borrar, el momento último de una de las etapas más bellas de su vida. La existencia increíble, maravillosa e inconsciente llegaba a su fin. Era necesario, absolutamente necesario, hacerse cargo de lo horriblemente serio que en ella se jugaba. Era absolutamente necesario tomar una determinación: dejar a Javier y comenzar de nuevo el juego, sola, absolutamente sola; o seguir junto a él, aceptando sus peligrosas nuevas condiciones.

—Javier. . . —pidió, con voz incierta—, llama tú, yo no puedo, llama tú a Edmundo y dile que no venga.

Javier salió apresurado de la pieza y al regresar la encontró llorando.

Quiso saber lo que ocurría, pero no pudo obtener palabra. Marcela, hundida en su pecho, lloraba apretando los puños y mordiéndose los labios.

Javier la separaba de sí para mirarla, la dejaba hundirse de nuevo en su pecho y le acariciaba el cabello, largo, moreno, liso. Envolvía una hebra, lentamente, en los dedos de su mano, para desenvolverla en seguida y acariciar su espalda, sus brazos, su cintura. La muchacha lo dejaba hacer y se calmaba. Pero volvía a llorar, estremeciéndose, desconsoladamente.

La vida cambió después del matrimonio. El maravilloso sueño había terminado; comenzaba otro, más grave, más severo, mucho menos brillante y, tal vez, más bello.

—Usted se casó muy joven, don Javier —opinaba Almiro—, demasiado joven, y está olvidándose de la música, de lo mejor que tiene, ¿por qué no viene más al Club?

—Déjate, hombre, déjate de cosas —reía Javier.

El teléfono sonaba a diario para invitarlos a fiestas y comidas. Marcela, posesionada plenamente de su nuevo papel, respondía que les era imposible ir, que el trabajo no les permitía llevar la misma vida de antes —y que estaba feliz de que fuera así.

—Hoy me llamó Edmundo (o Gonzalo, o Carmen, o Gabriela) —le contaba a Javier cuando este volvía de la oficina—. Pero le tuve que explicar que no salimos. Me habría gustado explicarle, en cambio, que nos parece demasiado frívola toda esa

gente y por eso no *queremos* salir... ¡pero, en el fondo, no tienen culpa ninguna, no había para qué ser tan poco amable!

Javier la besaba y la tomaba en brazos, diciéndole que la quería.

—Tonto —decía ella, porque él la soltaba sobre el sofá.

Poco tiempo después, el teléfono sonó con menos frecuencia, y, finalmente, dejó de sonar del todo. Ni Marcela ni Javier dieron importancia al hecho. En realidad, sólo advirtieron que los dejaba tranquilos. Y eso era bueno. Así, en calma, en secreto, la llegada, inevitable, del hijo que Javier ya había empezado a amar, parecía más hermosa. Pero lo inquietaba Marcela. No pudo obtener que hiciera proyectos, que pensara un nombre, que hablaran del asunto. Marcela se negaba o se escabullía. Y la notaba desanimada.

—Marcela, ¿te pasa algo?

—No, Javier, nada.

—¿Echas de menos nuestra vida de antes?

—No, Javier, nada; absolutamente nada.

Pero una tarde Javier encontró a Edmundo. Y a la semana siguiente, estaban invitados a su casa. No fueron. Edmundo los invitó de nuevo a la vuelta de algunos días. Y esta vez fueron.

Marcela, bailando con todos los que vinieron

a pedírselo, se veía hermosa, radiante. Y Javier se alegró por ella.

Comenzaron de nuevo las comidas, cuando aún no cumplían un año de casados. Pasó el año y el hijo no llegaba.

Marcela se mostraba, algunas noches, ardiente, inagotable, lasciva casi. Javier volvió a tener miedo, ahora un miedo permanente, de Edmundo, de sus amigos, de todo hombre en quien ella se fijara. Y volvió a experimentar —en medio de la noche, en la mitad del día, leyendo en su cama, trabajando en la oficina o caminando por una calle, a veces, incluso, haciendo el amor con su mujer— esa perturbadora y dañina sensación, esa sensación cruel de ir metido dentro de un descomunal zapato lleno de arena.

—Marcela —le preguntó una noche—, ¿por qué no hemos tenido un hijo?

—No sé, Javier, cómo quieres que sepa —respondió ella.

Javier se incorporó en la cama y encendió la lámpara. Marcela se llevó las manos a la cara, en un gesto entre mimoso y contrariado. Javier miró subir las manchas oscuras de sus pechos bajo la camisa transparente. Tenía el cabello revuelto, los ojos soñolientos, las ojeras marcadas.

—Apaga —dijo—, apaga esa luz...

—Marcela, contéstame.

—¡Ay, cómo quieres que sepa! —dijo ella, y, dándose vuelta, se acostó de vientre.

Javier miró su cuerpo, cubierto por las sábanas hasta la cintura; contempló su espalda blanca. La besó. No pudo contenerse. Y le preguntó al oído: —¿No has querido, no quieres tenerlo...?

—No... no quiero —susurró Marcela y, resregándose los ojos, apretados contra la almohada, sacó un brazo y lo extendió sobre la sábana.

Javier le acarició nerviosamente los cabellos y le habló de nuevo al oído. —Te odio— le dijo. La puso de espaldas, bruscamente, y la poseyó con violencia.

Cruzando la penumbra humeante y densa, los focos de colores rayaban el proscenio, azul, verde, rojo, blanco. Unas grandes colleras ofensivas bajaban y subían por las cuerdas del contrabajo.

Quizá podría obtener de él... sí, quizá se lo permitieran ¿por qué no? ¿qué mal habría en ello? Además, el joven, alzando su nariz afectada, en varias ocasiones durante la noche, lo había mirado: tal vez relacionaba con su figura algún recuerdo, alguna referencia, alguna anécdota de cualquiera de los músicos antiguos. ¿Dónde estarían los músicos antiguos? En diez años no quedaba nadie, ¿qué cosa más absurda! Pepe, el argentino, Fico... ¿dónde estarían? *The Way You Look Tonight*. Tocar

de nuevo, ¡tocar de nuevo el clarinete! ¿Para qué? Tocar de nuevo, eso era todo, volver a tocar el clarinete. No necesitaba preguntarse para qué: en el fondo, lo sabía. En Marcela ya no había más que pensar; pero en el clarinete. . . ahí estaba, latiendo, su única posibilidad de renacer. Ese par de horas en el Club, recordando su pasado, *presenciándolo* vivir de nuevo, fue como un prodigioso acto de exorcismo que lo liberaba, que le permitía reunir los restos de su desasosiego, de su energía, de su esperanza, de su secreta ansia de cambiar de vida. Renacer una noche de sábado. . . ¡Alamiro! Alamiro estaba arriba, tenía que estar arriba en el bar. Comenzó a abrirse paso entre la gente, apresurado. Ansiosas del baterista, vio, al pasar, a las herederas de esas dos muchachas de facciones toscas y cintura gruesa, vestidas y pintadas como afiches, que iban en su tiempo a coquetear con los músicos, a bailar con ellos cuando terminaba la sesión, y a acostarse con ellos en seguida —si estaban dispuestos y no se ponían demasiados rudos. Las miró con simpatía. Alcanzó la entrada de la sala, subió la escalera, rápidamente. En el descanso volvió a tener miedo; pero fue un miedo pequeño, ridículo en su pequeñez; fue, por sobre todo, algo delicioso, algo así como un zig-zag, apenas insinuado, en su esperanza. Entró en el bar. Alamiro, con sus bigotes frondosos, su inmundada chaqueta blanca y su distraída pe-

ricia de siempre, echaba gin en una hilera de vasos con jugo de limón: preparaba *Tom Collins*.

El mozo dejó la botella de gin a un lado y, al tomar una de Panimávida, reparó en Javier. Abrió los ojos, desmesuradamente, y todo el rostro se le encendió de emoción mientras los bigotes le comenzaban a temblar.

Javier reía, y los dos hombres se abrazaban bajo las miradas sorprendidas de quienes aguardaban sus bebidas. Se palmotearon con fuerza las espaldas y luego se examinaron, como para comprobar si el paso del tiempo les había dejado una cicatriz en la cara o una pierna de menos o cualquier señal imposible.

—También a mí me amaestró la vida...

Alamiro sabía que Marcela estaba casada de nuevo —con Edmundo— pero le dijo:

—Déjese de cosas, don Javier. Usted está igual que antes.

Una hora más tarde, cuando no quedaba nadie en el Club y todo estaba oscuro y silencioso, Almiro llevó a Javier al cuarto de los instrumentos, le prestó un clarinete y se tendió en las sillas a escuchar.

La melodía vagaba por el espacio vacío, inundándolo de un contenido triste, dulce. Javier se interrumpía a ratos, como para comprobar si era él quien tocaba el clarinete y no el mono agitando

la cola o cualquiera de las figuras pintadas en los muros. Mordía la boquilla dura, seca, y tocaba de nuevo.

—Toque —pedía Alamiro—. Toque *The Way You Look Tonight*.

Javier fue interpretando su antiguo repertorio. La nostalgia le era, por menos, tan intensa, que pensaba detenerse; pero se iba sintiendo, cada vez que la vencía, más seguro de sí mismo y renaciendo a la vida.

De pronto se interrumpió y dijo en voz alta:

—Esto es demasiado triste, Alamiro, y... ¡Qué diablos! —exclamó después, y continuó tocando.

N O V E L A

- Vladimir Dudinzev: *No sólo de pan* (Agotada)
Helen Douglas: *Magdalena Carrera* (3ª edición)
María Elena Gertner: *Islas en la ciudad* (2ª edición)
José Manuel Vergara: *Cuatro estaciones* (2ª edición)
Vladimir Nabokov: *Pnin*
Isak Dinesen: *Historias del Cardenal*
Joseph Bédier: *Tristán e Isolda*
Maurice Zermatten: *La fuente de Aretusa*
Ricardo Fernández de la Reguera: *Cuerpo a Tierra*
Balachandra Rajan: *La danza de Krishna*
Morris West: *El abogado del diablo* (3ª edición)
El caso Orgagna
La segunda victoria *
Iris Murdoch: *La campana*
Joyce Cary: *La prisionera*
El joven Nimmo *
Sin gloria, sin honor *
Angus Wilson: *La madurez de la señora Eliot*
Fercidoun Esfandiary: *El día del sacrificio* *

E N S A Y O

- Thomas H. Holdich: *¿Territorio en disputa?*
Giovanni Papini: *El juicio final* (2ª edición)
Boris Pasternak: *Autobiografía*
Gilbert K. Chesterton: *El reverso de la locura*

- Nicolai Berdiaef: *El destino del hombre contemporáneo*
Feodor Dostoyevsky: *Diario de un escritor*
Somerset Maugham: *Últimos puntos de vista*
El santo y el arzobispo
Evelyn Waugh: *El jesuita y la reina*
Thomas Merton: *El exilio y la gloria* •
L. Burt: *Vida íntima de Scotland Yard* (2ª edición)

C U E N T O

- Varios: *Cuentos de guerra chilenos*
Enrique Lafourcade: *Cuentos de la generación del 50* (Agot.)
Cristián Huneeus: *Cuentos de cámara*

P O E S Í A

- Hugo Montes: *Plenitud del límite*
Anamaría Vergara: *Tierra áspera*
Jaime Garretón: *Todo una canción* •

TEATRO CHILENO

- Fernando Debesa: *Mamá Rosa* (Agotada)
Germán Luco Cruchaga: *La viuda de Apablaza*
Luis A. Heiremans: *Moscas sobre el mármol*
La jaula en el árbol
Daniel Barros Grez: *El casi casamiento y El vividor*
Sergio Vodánovic: *Deja que los perros ladren*

• De próxima aparición

ESTA
PRIMERA EDICIÓN
DE
"CUENTOS DE CÁMARA"
CUENTOS DE
CRISTIÁN HUNEEUS
SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR BAJO EL SELLO DE LA
EDITORIAL DEL NUEVO EXTREMO LIMITADA
EL 28 DE SETIEMBRE DE 1960
EN LOS
TALLERES GRÁFICOS CADEL S. R. L.
SARANDÍ 1157
BUENOS AIRES, ARGENTINA
PROYECTÓ LA EDICIÓN JOSÉ ZAÑARTU BEZANILLA



CRISTIÁN HUNEEUS

Nació en Viña del Mar en 1937 y, después de su bachillerato, ingresó, como muchos escritores de la nueva generación chilena, en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Santiago. Actualmente estudia Literatura en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde es, además, ayudante en la cátedra de Literatura General. Huneus empezó su carrera literaria a grandes trancos. Armando Cassigoli lo incluyó en su antología titulada *Cuentistas de la Universidad*, 1959, y la crítica distinguió casi sin reparos a Huneus. Esta opinión fue reforzada cuando éste obtuvo los dos primeros premios del Concurso Universitario Nacional, género Cuento, 1959. Sin duda *Cuentos de Cámara* colocará a su autor entre nuestros más personales y significativos escritores jóvenes.

EDITORIAL DEL NUEVO EXTREMO

Ahumada 6 - Casilla 10471

Santiago de Chile